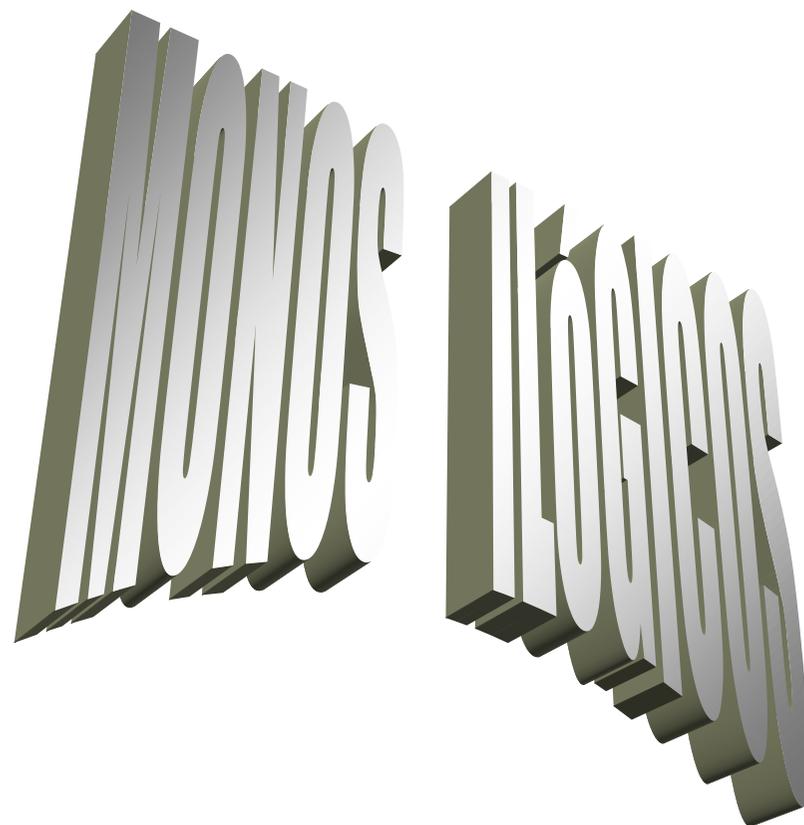


*ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE EDITAR  
CON ELABORACIÓN MANUFACTURADA*



Morn, Marxe  
Los Monos Ilógicos  
Buenos Aires; 72 pág.; 15 x 21 cm  
Edición elaborada por el autor

el autor, hace ya tiempo  
n. BS AS, 1957



Diseño de tapa: Marxe Morn

Diseño de interior: Marxe Morn

[monos.ilogicos@gmail.com](mailto:monos.ilogicos@gmail.com)  
[ediciones.papeluchas@gmail.com](mailto:ediciones.papeluchas@gmail.com)

Derechos exclusivos de edición en castellano  
y en todas las demás lenguas existentes  
en todos los países del mundo: Marxe Morn

Prohibida su reproducción por cualquier medio.

Edición: Octubre de 2010  
Impreso en la Argentina

Tampoco sería raro que les perduraran algunas de las picardías ridículas de siempre, como una parodia de sus grandes tiempos.

Y a lo mejor también mantengan unos aires de poder y de soberbia; con ese orgullo por la herencia, por el buen nombre y por el prestigio, todo al fin arrumbado y sin un futuro a la espera.

Aparte andarán manoteándose caricias tiradas como al desamparo, por puro acto reflejo, y se pasearán unos besos con gusto a papel de archivo.

En fin, lo mejor va a ser que me vuelva a la nave, porque con la polución que hay en este lugar oscurece rápido y me desorienta entre la exuberancia de estos escombros.

Pero... ¡Un momento! ¿O es un brillo de la pantalla, o en esa tele están empezando a dar algo? ¿Cuál...? ¡Ah! ¡Es que el televisor llega acompañado por una reproductora de las de antes, a radiación ultrasolar!

Y al parecer habrán conservado unas grabaciones de aquellos años, supongo. ¡Sí! ¡Magnífico! ¡Bestial! ¡Impactante! ¡Están dando nada menos que un episodio de ésos de violencia, de crímenes y de terror con que los monos se deleitaban tanto en sus épocas de gloria!

¿Y, qué tal, eh!

¡Qué nos contamos de la monada!

# EL MONO EXTINGUIDO

¡Uy Dios! ¿Qué es esto? ¿Un mono! Pero, ¿cómo? ¿No era que los monos estaban todos extinguidos? ¡No puede ser! ¡Flor de hallazgo! ¡Quién lo iba a decir! ¡Un mono de verdad todavía merodeando en este desierto de escombros! ¡Cuándo la cuenta ni me van a creer! Mejor lo sigo, capaz que en una de éstas llego a descubrir por cuál... ¡epa! ¿Qué hay allá? ¡Otro mono! Y parecería una hembra. ¿Vivirán en pareja? Claro, obvio; ahora... ¿estarán en condiciones de reproducirse? Porque, siendo así, entonces, de pronto, podría darse que, nuevamente, en este planeta... ¡Uh, no! ¡Lo dicho! ¡Aparecieron unos monitos! ¡Y más monos! ¿Habré ubicado alguna tribu que se salvó de la extinción? Va a ser interesante averiguar el estado involutivo en el que la fueron quedando.

¡Pero, será posible! ¡Debería haberme largado a explorar con un transmisor de mayor alcance! Acá la atmósfera irradia una contaminación magnética que no engancho ni una señal. A ver si pruebo de vuelta: -¡Hola! ¡Nave! ¡Me escuchan? ¡Oigan! ¡Gente!- No. Nada. Puro ruido. ¡Justo a mí me toca andar solo entre unas montaña de ruinas y con esta novedad de los monos! ¡Cuando lo sepan los muchachos se van a revolcar de la risa! ¡Con la rosca que se armó en este mundo y encima algunos monos sobrevivieron! ¡No es para sorprenderse? Pero... ¿qué hacen ahora? Se van juntando frente a... ¿¡Qué!?! ¿¡Qué traen!?!... ¿Qué es eso?... ¿¡Un televisor portátil?! ¡Y está encendido? ¿Cómo? ¡Le sigue funcionando la batería! ¡Increíble! Aunque, ¿cuál onda van a captar si acá no hay una emisora que transmita? ¡Ah! ¡Nada más miran la luz de la pantalla! ¡Qué entretenido! Tal vez un ritual familiar.

Evidentemente, los monos extrañan mucho a la tele, pobrecitos.

Sí. ¡Pobres! ¿Qué vanidades ostentarán a esta altura, sintiéndose los últimos fósiles vivientes de un planeta al que terminaron por estropearlo?

Si las recuerdan, sus propias palabras les deben de resonar incomprensibles, residuos de culturas que agonizaron hace un rato.

Y por puro hábito repetirán los gestos antiguos, tan vacíos y tan en blanco como la pantalla de ese televisor que los fascina.

# ÍNDICE

MONO NO	5	MONO DE MIÉRCOLES	39
MONO MIMADO	6	MONO TILINGO	41
MONO ELEGIDO	7	MONO REPRIMIDO	43
MONO MUSIQUERO	9	MONO EN CONSERVA	45
MONO DISTINTO	11	MONO PERVERSO	46
MONO DE GUSTO	13	MONO RABIOSO	47
MONO DE LA CEBOLLA	15	MONO PESADO	49
MONO DEL MONTÓN	17	MONO AMBICIOSO	51
MONO AMONADO	19	MONO PUDIENTE	53
MONO INOCENCIO	21	MONO DE ÉXITO	54
MONO EN ACUARIO	23	MONO DIRECTOR	56
MONO EN LA CALESITA	24	MONO DE AVANZADA	58
MONO ILUSIONADO	26	MONO DESNATURAL	60
MONO ALGUIEN	28	MONO ASTRONAUTA	61
MONO ABURRIDO	30	MONO PODRI	64
MONO OBSESIONADO	32	MONO PERO...	66
MONO JUICIOSO	34	MONO PÓSTUMO	67
MONO DE ALMA	36	MONO FANTASMA	68
MONO ANGUSTIADO	37	MONO EXTINGUIDO	70

iban a parar con sus costumbres de crímenes y de malicias; unas pasiones que ya, a los de este planeta, realmente, no les parecían de tanta gravedad, porque los que habían ahí eran todos unos monos de personalidades desvaídas e ideas inconsistentes.

Sólo unos fantasmas de monos.

## EL MONO FANTASMA

**A** otro día de morir lo invitaron de paseo a un planeta obligatorio dentro del circuito turístico para los monos recién disparados hacia la nada que habita en las estrellas. Pero se rehusaba. -No sé, che. En lo que a mí hace, preferiría seguir deambulando por acá, que al sitio ya lo conozco; y figurate que yo del barrio no me moví nunca. A ver si en una de éstas me pierdo, encima quién sabrá por dónde. Y, aparte, seguro que otros planetas no me van a gustar; porque a mí me iba bien nada más éste. Aunque, de cualquier modo, ya sabés que te lo agradezco- explicaba el mono. Pero, así y todo, igual se lo llevaron, y lo fueron luego lo departieron por una variedad de mundos a cuales peores de estafalarios. Una sucesión de planetas en donde los fantasmas aprendían a corregirse el foco de sus imágenes y a deslastrarse de a poco de los acopios inútiles del tiempo; y como que, además, se les iban compensando en parte los caprichos habituales de sus pensamientos. Aunque, eso sí, jamás volverían a hallarse reintegrados en un cuerpo material, físico y concreto.

Pero, al final terminó teniendo razón él, porque se confundió y quedó extraviado, sin reconocer ya por donde andaba; cosa que incluso aquel planetita urgente y agrisado en el que había vivido pasó a serle otra más de las tantas ausencias entre toda la acumulación de sus olvidos.

Hasta una vez en que, después de mil de andar desperdigado por las galaxias, lo repatriaron a un mundo de bajo calibre, superpoblado por fantasmas que flameaban al límite en increíbles vehículos de libertad falsificada, apegados a los figurines animados de sus caleidoscopios electrónicos, ilusionados con un lugar bajo tierra adonde ir a ensobrar de una vez todo aquel enorme miedo suyo a la realidad, y con esos desubiques tan propios de su ser fantasmas. Los observó huir y reírse, ulular, gemir y arrastrar cadenas, y amenazarse y espantarse entre ellos; vuelta a vuelta reventándose en encontronazos absurdos y de muy pocas palabras.

Entendió así que ésa era la estación definitiva para los fantasmas de los monos como él; un burdo munducho resumidero adonde los monos fantasmas

## EL MONO NO

**C**ompletamente superado, absolutamente fuera de lugar toda referencia al asunto. Nada que ver con la realidad. En una época pudo haber sido, pero ya no. Fue cosa del pasado. Aquello había quedado atrás. Y salvo los resabios de un parecido físico nada en la actualidad lo vinculaba con un mono.

Su verdad ahora era otra cosa. Su verdad era un carácter que él poseía y que lo hacía único y tan distante de cualquier parentesco con algún animal como el que podría tener con un hongo. Su cuerpo tal vez proviniera del barro de la evolución, pero su espíritu lo consagraba como un ser fantástico hacia el cual se concertaban toda clase de magias.

Y para el caso de sus antecesores daba lo mismo que hubieran sido animales, plantas o seres de otro mundo. Él era él y nada, nada, nada habría de revertir el esplendoroso espectáculo de su presencia incomparable.

Él era la grandiosidad de una nueva especie, forjada tal vez desde el tosco carbón de la vida orgánica, pero que con el tiempo y sus cualidades sobrenaturales de resistencia a las enormes presiones del medio se había transformado de una vez, ya y definitivamente, en un ser tan puro y original como un diamante con vida.

Repasaba con el pensamiento todas las posibilidades a su alrededor.

Estaría, como por lo común, algo inquieto.

¿Qué más podría hacer en este instante para confortarse?

Su mente, como siempre, pensaba en los otros; en tal o cual de ellas o de ellos. Vagamente entendía de sí mismo, y se distraía cavilando tonterías que le calmaban un poco la ansiedad.

Mientras tanto, hacía un cálculo, planeaba un trabajo, se esforzaba en alguna actividad, intentando cumplir fehacientemente con las pautas de su tribu.

Para eso había aprendido infinidad de datos que después olvidaba.

Igual que siempre, sus mayores preocupaciones habrían de ser los cuidados y las urgencias de su cuerpo, de su familia y del sistema de organización social que los amparaba.

Su concreción más persistente eran los ejércitos de destrucción provistos con los últimos adelantos en procura de exterminar a los adversarios, como había venido siendo desde hacía millones de años.

## EL MONO MIMADO

Una vez el monito dijo "Ou" por algún dolor, y su madre mona lo cobijó y lo amparó y lo mantuvo cerca, en el calor de su regazo, hasta que el monito se durmió. Y eso fue porque por primera vez las cosas estaban andando bien en la manada y ya no hacía falta que todos los monos se pasaran el tiempo rebuscando comida, así que las madres podían dar un poco más de atención a sus pequeños.

Éste, en la novedosa circunstancia que beneficiaba a todo el grupo familiar, decidió; o no lo decidió, sino que le salió así, de vivo nomás que era, volver a decir en otra ocasión "Ou", pero ya no porque algo le doliera, sino simplemente para recibir los mimos de su madre.

Entonces, "Ou" pasó a ser algo más que la queja del animal ante el dolor; algo más que una interjección por la cual la madre podía darse cuenta de que estaba dolorido.

Se convirtió en el mecanismo de un recurso aprendido para obtener algo.

No era un engaño, porque el monito no quería engañar a nadie.

Así que ese "Ou" ya no fue sólo de queja, aunque tampoco era aún un pedido expreso de cariño.

Por esto, cuando la madre le preguntó "-¿Ou?-" y el monito le respondió lastimeramente "-Oou-", y ella insistió: "-¿Oou?-", aquella entre ellos fue no ya una palabra entera, pero sí una media palabra.

No una enunciación conciente, sino apenas un ademán sonoro.

La primera palabra de verdad la inventó la madre después de que se dio cuenta de cuántas veces su criatura simulaba dolores que no eran y que sólo por pronunciar "Ou" se aseguraba sus caricias.

Y se dijo: "-Ououou-".

Y por un tiempo aquella sería la única palabra que hubo; queriendo a la vez decir: "¿y ahora qué te duele?", y también: "te quiero".

## EL MONO PÓSTUMO

Nunca supo bien cuándo ni cómo fue. Se ausentó, con una muerte así, medio casual, apenas de costado, a lo mejor algo común, un poco tardía, o muy prematura, según se le midieran las ilusiones o la resignación que albergaba. Cosas que igual no le importaron tanto porque se murió y punto.

Al volver a despertar (otra vez y sin mayores explicaciones) se enteró de cuánto había cambiado todo.

Porque a pesar de que aún rondaba sobre el planeta, jamás regresaría a lo que él había sido.

Como que el ayer ya era, y la restante panorámica del día se le presentaba en un espejismo difuso y atenuado.

Aunque, a decir verdad, le siguieron los mismos fastidios que había contraído en vida, ahora hechos más que nada el eco final de unas antiguas infelicidades que se le desvanecían sin reclamos.

Y es que había vivido tan acostumbrado al hábito de los años que no le iba soltarse del mundo así nomás, ni siquiera tan habiendo muerto como le pasaba. Y se sentía en suspenso hacia algo más o hacia algo menos que un puro fantasma.

A su alrededor, el día se licuaba en colores borrosos que lo limitaban a la prolijidad de una simple mancha transparente.

Al momento se olvidó que ya no persistía y quiso reandarse por las suyas de siempre, pero, lógicamente, no le salió ninguna.

Ahí aprendió lo fácil que le resultaría ir conformándose, porque un muerto no precisa ni pensar el paraqué de las preocupaciones diarias, ni tampoco de un querer acordarse de nada.

Y permaneció así todavía un rato largo, esperando por si se le confirmaba algún triunfo consuelo en tiempo suplementario.

Pero ante el vértigo de su ya quedada eternidad, adquirió una expectativa incómoda. Y lo cruzó para siempre la sensación insólita de estar extrañándose.

Y eso después de tanto que se había abandonado y de tanto que se maltrató. Y comprendió, tarde, cuánto era lo que, en el fondo, se amaba.

Y que ahora recién de muerto venía a darse cuenta.

## EL MONO PERO...

-Pero... Pero...-, le decía a su cigarrillo, fumándoselo mientras esperaba.

-Pero... ¿Qué es pero?

La tarde boqueaba a la velocidad de unos doscientos mil minutos por ratito, y sin embargo yéndose igual como si nada.

-Nada... Nada- seguía el mono. -¿Y, qué es pero?... nada? ¿Sí? ¿Nada? ¿Qué, cómo, cuál nada?.

Esta vez, la tarde saltó algunos momentos, dejando pasar un tren carguero lleno de nubarrones de asfalto evaporado.

-Pero... Pero...

A su alrededor el mundo se le moría superimpactado de peros.

El cenicero, en lo último, revelaba el nicho de los cadáveres desvanecidos que él se había ido fumando entre que pensaba y pensaba.

-¡Pero! ¿Y? ¡Nada!

De pronto se fundió en un sorpresivo silencio interior tras este pensamiento primal, desafortado y enérgico.

Y todas las dudas del universo viejo se le diluyeron en un emplasto de alquitrán.

Hubo una irrepitible conjunción de planetoides apilados para celebrarle el último aniversario de sus futuros.

Y en esto, las bandas de gansos del parque quedaron como estatuas, salpicadas bajo una granizada de los gorriones enemigos, y el viento cerró una puerta que ya ni vidrios tenía que pudieran llegar a romperse de un golpe.

Unos cien mil horas más tarde, el mono clausuró el pucho de su cigarrillo número infinito.

Lo único real para él era una realidad que jamás acontecía.

Lo único verdadero era que la realidad se le estaba esfumando.

## EL MONO ELEGIDO

*H*abía una vez aquel mono; sin duda, lo mejor de lo brotado sobre la tierra. Y no sólo de la tierra, sino también de las estrellas y de los otros muchos posibles mundos animados.

Su piel era tan lisa y pulida, como de membrana sintética.

Y sus ojos; aquellas dos hondas copas vivas que conjugaban las imágenes del universo, en los que destellaba ese algo misterioso del habitante del futuro; una manera de mirar que ninguno de los otros seres creados, hechos nada más que de puros presentes primarios, podría llegar jamás a descifrarle.

El mono se paseaba por la selva a paso místico.

De un solo milagro y sin ayuda de nadie levantó un paraíso por sobre el caos natural del mundo, y después lo derribó y volvió a levantarlo, y más tarde lo volvió a tirar abajo. Un individuo algo disgregado de sí, este mono.

Con un coco zarandeado hacia el girar de los relojes maceraba una cantidad de conflictos internos que lo tenían loco.

Un día se dijo: "Ahora voy a hacer lo que se me canta". Ahí armó otro paraíso y le dio una forma de bosque; de un bosque a salvo de la maraña de vegetales que enredaban al planeta.

Y se dispuso a encontrarle el árbol más perfecto que hubiera, confiando en que lograría extraer de sus frutos algún néctar divino, algo así como la esencia destilada de todos sus milagros concebidos. Un cierto elixir que, creyó él, de hallarlo, lo haría convertirse en alguien tal vez feliz, a ver si tanta milagrería trabajosa que inventaba le servía de una buena vez para algo.

Pero se anduvo retardando, deteniéndose, rondando y mirando al mismo tiempo todos los árboles que había en su bosque.

Y retrocedía y se chocaba como despistado o muy a oscuras, tropezando contra las raíces.

Aunque, viniendo ya a ser por esas impacencias juveniles o por la premonición de una vejez galopante, pasó que una mañana se hartó y se dejó de andanzas, y se abrazó a un árbol cualquiera de los tantos; y nunca, pero nunca más volvió a soltarlo.

-¡Este es el árbol más perfecto!- se aseguraba a sí mismo a los chillidos, compuesto para el resto de su vida en ese único pensamiento repetido.

Adherido al árbol se le irían extinguiendo los días, y le crecería la corteza sobre las manos y los brazos, y el mono se haría de un ligero aspecto a lagarto de madera, erigido en escamas rugosas, mimetizado con el tronco.

En el transcurrir de los años, la cercanía tan exacta que entablaron él y su árbol lo haría olvidarse de los restantes árboles del bosque, a los cuales se les fueron deshojando las primaveras artificiales del milagro; porque el mono, las más de las veces, ya ni se hacía un tiempo para acordarse de otro árbol que no fuera aquél que sentía tan suyo.

Y todo se explicaba, simplemente, en que justo sobre las ramas de ese árbol anidaba una familia de loros burlones; quienes, al verlo pasar desalentado por su peregrinar en vano, lo habían embaucado imitando la voz alunada de los misterios proverbiales, y disimulándose las risas con silabeos de serpientes le habían murmurando alto, como para que él los oyera:

"-¡Eh, oiga! ¡Pero, qué bicho fabuloso este monito! ¡La verdad, la verdad, que es fabuloso! ¡Fabuloso!-".

De inmediato, el mono había reaccionado como era de esperarse en él.

"-¡Este árbol me dijo fabuloso! ¡Me dijo fabuloso, este árbol! ¡Que soy fabuloso, me dijo! ¡Pero si era éste el milagro especial que tanto anduve buscando!-" se dio cuenta.

¡Otra que contento, dichosísimo, el mono!

Por eso fue que, de una, se agarró a ese árbol tan sabio, tan reconocedor y acertado, y evidentemente lo más valioso de cuanto pudiera existir en el gran milagro de la creación, o entre todos sus demás milagruchos presuntuosos.

Su piel embolsaba el caldo malo de una carne chamuscada por la vejez, abombada de siglos en los vagones de asalariados con alto compactamiento de bacilos por milímetro cuadrado.

Sin embargo, él no tenía la culpa de vivirse así.

La culpa sería, seguramente, de todas estas palabras que lo hacían pensar y pensar y darse cuenta de cómo andaba ya tan de podrido.

Pero al rato se le regeneraba una cierta confianza en su destino.

Y entraba a cualquier casa de suertes para insistir con los pronósticos deportivos; cosa de seguir estirándose la debacle detrás de alguna gran ilusión financiera, al menos por otro fin de semana.

## EL MONO PODRI

-¡Ufa! ¡Ya estoy podrido!- farfullaba el mono, mientras su cuerpo se le deshacía con el viento.

Todavía de vez en cuando se acordaba del cielo; ya sin creer mucho en aquellos astronavíos vengadores que, al final, nunca vinieron.

Ahora sus ojos no alcanzaban a mirar tan a lo lejos. ¿Y qué? El mundo era un muerto-vivo bamboleándose por el espacio como un elástico roto.

En todas las plazas, seres desperdiciados rellenaban las estrías del invierno, hasta que un oleaje del frío polar los amontonaba contra los hospitales.

A pesar de traerse un síndrome desahuciado de estancamiento cerebral, el mono se consolidó en su fe por la ciencia, hecho a seguir esperando otras horas, a ver si en una de éstas los diarios bajaban la primicia de alguna vacuna restauradora de los átomos podridos.

-Son los años- se recriminaba.

Nunca había logrado desmadejarse a tiempo de una incredulidad que lo capturó en plena mitad de la adolescencia, cuando aún le quedaba toda una vida por delante. Pero después la vida fue una lucha azarosa y opaca, surcada a velocidad de caída, por lo que traspasó la existencia apenas sin comprenderla; hasta que se aceptó como un sueño atado al fluir de la materia, con su cuerpo aún latiendo y respirando, aunque de a poco se le disolvería en los humores agrios de una podredumbre jamás imaginada.

¡Y qué iba a hacerle!

-¡Repodrido!-

Para colmo, lo más podrido suyo eran las ganas. Unas ganas tan emputrecidas que no se encontraba parte sana con la que agarrarse de nada.

Así fue que, deliberadamente, empezó a anhelar en secreto los titulares catástrofe y las alarmas en cadena. Y se le vino desarrollando como una psicopatía de la podredumbre. Y fantaseaba con que, a la par de él, el mundo se pudriera un tanto más cada día; y, si fuera posible, a veces con algún extremamiento o un golpe brusco de podridéz. Es que, en su putrefacción, le pasaba la urgencia de contagiar a todo, para no tener que resignarse a esa podrida soledad en aquel desvalido final constante que le tocaba.

## EL MONO MUSIQUERO

Al principio no hubo palabras. Primero se inventó la música; una música que existía desde siempre, concentrada en los sonidos de cada momento; el concierto casual del mundo, que les había empezado a permanecer de a ratos, haciéndoles ecos en sus memorias todavía titilantes.

Por eso, a veces, cuando estaban muy tranquilos, o bien por dormirse, algo de lo escuchado durante el día regresaba a retumbarles en sus cabezas, y a agrietarles el ánimo con un horror nuevo por ese recordar desconocido.

Para exorcizar este espanto recurrieron al único arte que conocían, como buenos monos que eran; o sea, a la imitación.

Y comenzaron probando con lo que tenían más al alcance; es decir, con los ruidos que más o menos podían reproducir en las contorsiones de sus bocas.

Así, mientras algunos monos lograban ir repitiendo los ululares habituales de las selvas -unos oieiaéawaoá-, los que habitaban en cavernas aprendían a enredarse en unos sonajeros tipo masticar de piedras -por ejemplo: un sfrchnkrtq-. Dos monos que por rivalidad en una tribu se hayan puesto a imitarse entre sí habrán ejecutado sonidos bastante parecidos.

Y he ahí el nacimiento de las palabras y de las lenguas: especies de melodías comunes que representaban lo mismo que era de oírse naturalmente instante por instante.

Con el pasar de los siglos los monos fueron sumando una variedad de estos sonidos, hasta que acumularon tal superproducción que, a través del uso diario, cada variedad llegaba a adquirir un significado propio.

De esta manera, desde aquella sinfonía casi infinita que en el inicio simplemente copiaba los ruidos ambientales, se fraccionaron muchas secuencias con identidades definidas, como ser: algunos compases indicados para la lluvia, otros para los amaneceres, y así para con las demás cosas que pudieran ser singularizadas.

Pero, claro que una simple oración breve constituía aún una cadencia de varios minutos, ya que a pesar de lo hartó que se progresaba, todavía no era tan popular entenderse por aquellas épocas.

Así que, después de un tiempo, cuando la dinámica de las costumbres convirtió a la realidad en una experiencia más compleja y numerosa, se vio la necesidad de abreviar, a fuerza de no pasarse las horas nada más que para mencionar alguno que otro dato suelto de la vida.

Y, entonces, esas extensas palabras entonadas con tan simpática armonía se subdividieron en nuevos fragmentos que, de acuerdo con las modulaciones particulares de cada manada, derivarían en los carraspeos característicos de los idiomas y de sus dialectos.

Y durante el curso de los milenios los monos se absorbieron por completo en estos quehaceres, aprendiendo a hilvanar frases extravagantes que iban a dar forma a gramáticas sorprendentes y aparatosas.

Un día de tantos, una vez pasados los primeros fervores en la elaboración de los idiomas, los monos redescubrieron aquellas primitivas músicas impensadas que no aludían a ninguna idea en especial, sino que eran el calco de toda la sonoridad que se brinda en el momento. Y se entusiasmaron por haber encontrado un nuevo artificio al cual ponerle un nombre; y luego de certeros y extenuantes discursos llenos de palabras muy rápidas y mecánicas, dieron por oficializado un logro verdaderamente asombroso: la música.

Claro que, como ya venían con las mentes requetepobladas por ruidos cargados de conceptos, la música así nomás, oída sin nada, les pareció una blablada insulsa, carente de todo sentido, y no tuvieron más remedio que bautizarla mediante infinidad de títulos y de etiquetas; e inclusive, a veces, hasta adornarla por dentro con un palabrerío que era bien divertido, porque, además, rimaba; tan apegados los monos a esa biología suya de repetir y repetir, que les hacía adorar todo lo que se pareciera a una simetría; por ejemplo, un decir asa con casa, y un decir oso con coso; o sea, unos esfuerzos estéticos notablemente entretenidos, sin duda. Y la música, así, pasó a ser algo digno de su atención recién al quedar circunscripta bajo la autorizada dimensión de las palabras. Siendo que, desde siempre, las palabras fueron el mayor signo de progreso y de superación en la historia de la monidad.

Y eran tan perfectas, que seguramente no debían de provenirles de materias terrenales, sino que les habrían sido otorgadas desde los orígenes misteriosos de la creación y de la vida, o desde la mismísima nada, o a causa de algún otro poder inverosímil y extraordinario; un fenómeno supremo que, por cierto, resultaría imposible de ser explicado con las simples palabras.

## EL MONO SIN MAÑANAS

*P*ara él nunca hubo mañanas.

Porque mañanas tendrían que haber supuesto tiempos todavía tempranos, no? Pero, para él, mañana era siempre tarde, siempre habiéndosele ido de largo. De pronto investigó, basado en un conocimiento inverificable y poco predictivo, y descubrió, él solito, que en todo el universo no existían mañanas.

Encontró sí algunos pasados. Aunque con su falta de mañanas los pasados parecían provenir de un futuro a cuenta que nunca, vaya a saber uno, nunca habría de concretarse.

Y en una esquina de relojes vaciados desembuchó el principio rector según el cual, mañanas, fueran lo que fueren, no, para nada, jamás ocurrirían.

En mitad de esa historia se amarró un rato a los renglones en blanco de los diarios sobrantes que se desinflaban después de algunas horas.

Y recapitulaba las distancias que traían encima los vientos varios arribados desde el cuadrante de las veredas.

Sin embargo, con nada pudo algo para inventarse la de mañanas que lo esquivaban.

¿Estuvieron alguna vez? ¿En qué se habrían convertido?

Estos y otros interrogantes, no, che, no había una respuesta para tales ausencias de la vida.

De todos modos, sin mañanas era imposible esperar las certezas que le compusieran una verdad última de las cosas.

Y, a lo mejor, sus días fueran sólo el redundar un sentimiento por aquella figurita imposible de la vida que desde siempre le faltó para completarse el álbum de su destino.

Mira hacia el interior de su traje del espacio, y se encuentra con que otra vez olvidó ponerse las medias de lana para los inviernos del vacío.

El universo permanece inmóvil, se hace el que duerme; casi parece que hubiera dejado de estar, o que fuera sólo la sombra de un universo.

De la bronca, a Astro mono le brotan por los ojos unas espumas de recuerdos que, encima, le dificultan la visión clara del cielo, y no puede saber si en estos momentos no se estará conmoviendo el armazón de las galaxias, como indicio de que el Todo, por fin, reconoce sus múltiples hazañas y las festeja.

Sin embargo, el Todo continúa en la misma equidistancia fósil hacia cualquiera de sus infinitos puntos cardinales.

O sea que no, desde el interior de los cosmos ésos no; de ahí ni noticias.

Astro mono se distrae de sus perplejidades inventándose lustres morales que resbalan sobre la superficie concreta de sus actos.

Una intuición de la vida se le quedó transitando cierta calle turbia sin límite conocido, bajo una luz de sodio que todavía lo flayea.

Y, por supuesto, inmerso en ese optimismo sobrio del tipo que se cree siempre el gran protagonista estelar de su brillante historieta.

## EL MONO DISTINTO

*H*abría sido por alguna porquería que comió y le cayó mal, o a lo mejor fue a causa de aquel miedo nuevo a perderse de vivir una aventura feliz que lo compensara del devenir irremediable; lo cierto es que de repente se irguió en esa postura forzada, como si lo trabajara un sentimiento árido cicatrizando fuera de escuadra.

Se atascó con gárgaras de saliva doble el día en que se dio cuenta lo mucho de mono que todavía le sobraba para llegar a ser tal como se había estado soñando que ya era. Y la verdad es que, cuando los demás bichos lo vieron alejarse de la selva contorneándose la figura, lo empezaron a definir con esa especie de sorna compasiva que se guarda para con aquellos pasados que casi nunca nadie recuerda.

Los crudos desatinos con los que iría sobrellevando sus malformaciones lo pusieron a rumiar una venganza atroz contra todo lo conocido.

Y, en cuanto pudo, entró a manosearle la cara al mundo, hasta emparejarlo un poco con sus imperfecciones. El mundo entonces era incauto y dócil, de modo que bajo el maniobrar del mono llegaría a convertirse en este bollo machucado de hoy, que ni la propia madre naturaleza podría reconocerlo.

Pero, ¿y si una noche el mundo se le muriera? Ni triste lágrima afloraría desde los ojos deficientes del mono. Antes bien, como si otra terca desgracia le adulterara la imaginación, saborea ya por anticipado el vértigo que va a causarle aquel paisaje del carajo, para la hora en que todo se extermine.

Pero, de lágrimas, lo que sería lágrimas, no, ni noticias.

Ni esa prueba última, medio inútil, de cariño, por este mundito suyo que prácticamente está que revienta.

Y, trascartón, su historia de mono que se apagará como si jamás de los jamases. O sea que borrón y cuenta vieja, porque todas las cuentas ya se habrán vuelto otra que muy caducas para aquel momento.

Claro que por ahora no da para tanto. Hoy lo que sucede es nada más un mundo que de a poco se anquilosa, remedándolo al mono en eso de ir poniéndose rígido y agresivo a lo largo de la vida.

Y se le impacienta, justo cuando parecía un mundo domado por completo.  
Y se le revuelve; y lo ataca por la espalda al mono; y lo desgarró en filetes y lo corcovea con inflamaciones negras burbujeando sobre toda la superficie, en un intento por sacárselo de encima y mandarlo a mudar con sus espuelas científicas y filosóficas a jinetear en los espacios ultravacíos.

Pero, acaso, un mediodía, los dos, el mundo y el mono, se observan hacia los callejones sin salida que se empantanaban entre sus párpados; y de alguna manera ingenua se reconocen por sus deformidades, hechos como hermanos remotos; y se pierden en un abrazo urgente y definitivo, ambos ya simplificados en dos piedritas de cristal que giran y se rozan y se remuerden, por toda una eternidad, hasta la inminente desaparición de las estrellas.

## EL MONO ASTRONAUTA

*F*shúm. Fshúm. Cápsulas del espacio surgen hacia la atmósfera de la noche.  
Fffsshúmm. Astro mono, colando en la órbita treinta mil, el último escenario real de su historieta.

Con un fondo de urbes negras pisoteadas bajo las estrellas.

En un solo ademán Astro mono atesora las eternidades-luz y gira al compás de los electrones del borde del universo.

Su voz es un tendón disparador de incertidumbres en plena tormenta de interferencias; de modo que, por ahora, se le entiende bastante poco.

Pero, de pronto... ¡Astro mono rebota contra un paisaje precipitado de mundos en amaneceres!

Es decir, Astro mono.

El cerebro que le burbujea de moléculas complejas.

Camina por las rajaduras del cielo con sus piernas de estalactita.

Astro mono.

Su cara de luna vieja expande desde la nariz el trueno de un reciclar de gases que se congelan.

¡Ya llegó Astro Mono; el único protagonista real de su historieta!

Anda prendido de las marquesinas del futuro; pero en el futuro van a preguntarse: "-¿A esta altura quién iba a hacerse cargo de lo tuyo?-"

Como una ducha de energías siderales, las ilusiones le llueven sobre los calambres de sus neuronas.

Astro mono, terrible inquietud forja tus diarios desvelos.

¿Aún nada de aplausos?

¿Todavía no se oye la ovación de las constelaciones a tu arribo triunfal en este último final de los finales?

El universo es un puro silencio.

¿No van a moverse las ondas cósmicas para alentarle un poco, aunque más no sea?

¿O qué; el altavoz del Todo no se molestará en vibrar unos instantes, aclamándolo a Astro mono tal como él se lo merece?

A veces siente el frío.

## EL MONO DESNATURALIZADO

Otro día de amasijo en la ciudad cementera.

El mono desnaturalizado corretea por pasillos que son todos iguales, hacia sucesos iguales, como repitiendo y repitiendo los días iguales, excepto algunos días que son diferentes, siempre igual de diferentes.

Peregrina por cientos de vidrieras, ventanillas y ventanales, y en ninguna parte una plantita, y una flor mucho menos.

Los árboles hace rato que dejaron de existir bajo las mareas de hollín, y luego fueron talados para usarse como leña frente a una crisis de combustible.

El mono transita rodeado de imágenes inmensas de objetos para comprar, ambientados con los paisajes más hermosos que hubo en la naturaleza; ya hoy sólo imágenes que lo invitan a ingerir preparados químicos con gusto a carne o a vegetal, según los adictivos que contengan.

Su cuatriciclo automático se desliza hacia el sitio prefijado, eludiendo obstáculos e inconvenientes.

El mono duerme en su asiento de piloto y al zumbido del motor sueña que prospera en un mundo de cemento, andando territorios cubiertos por capas de cemento; con ríos y con océanos de cemento y altísimos muros de cemento bajo las nubes calcinadas e inmóviles.

Al doblar rápido una esquina despierta sujeto a su cinturón de seguridad y suelta un grito que nunca antes se había escuchado.

Allá arriba, entre dos azoteas, el sol es un manchón de revoque en el cielo, alumbrado de lejos por el refulgir de los pantallazos publicitarios.

## EL MONO DE GUSTO

Él no era un mono porque sí nomás. No, porque de ser por ser podría haber sido cualquiera en lugar de eso.

Pasa que, justamente, lo que más le gustaba era ser un mono.

Se trataba de una elección, de algo decidido y completamente voluntario; de aquel gusto pasional tan suyo que le latía por ser un animal de esa calaña. Un gusto que no le provenía de un razonamiento a propósito, claro; porque si le hubiera cabido el gusto de razonar, quizás habría encontrado alguna otra forma menos amonada de irse llevando la vida.

Ni tampoco le daba por lo opuesto, que fuera un nulo de tiempo completo, un caso de extravío, un idiota, o un fallo de la menor ansia y sin las contadas gotas de una memoria regular. No. Era sólo que se estaba ahí aún; en aquel colapso de la evolución entre lo que fue y lo que sería, si es que alguna vez llegaba a serlo. O sea, tan siquiera un mono.

Ese tipo imitador, irreflexivo, que va acudiendo de a uno, en yunta o en masa, hacia donde sus impulsos primates se lo demandaran.

Pero habría siempre los que lo eran algo menos y los que lo eran un poco más; como al parecer pasa en todas partes, según comentan.

Bien pero bien monos eran los que imponían su violencia para dominar sobre las manadas, y al mundo entero si pudieran; ya fuera por cuenta propia o en obediencia debida a las órdenes de unos detentadores del poder todavía muchísimo peores monos que ellos.

Y, para colmo, en su convicción simiesca se suponían dignificados por esos aires de amenaza latente que portaban, ostentando una repulsiva impunidad.

Obvio que nunca se tomaban gratis sus tareas, sino únicamente en pos de agenciarse unos cuantos de aquellos mezquinos billetes impresos en sangres de colores, que a ellos tanto los extasiaban.

A su vez, los menos monos se dedicaban a intentar comprender y a cuidar las armonías de la existencia, descubriendo las asombrosas revelaciones que se guardan en el respeto hacia la vida, y trabajando por corregir el desastre en que terminó el mundo después de una historia patética, siempre con la selva avasallada por los más recontra monos de éstos que nunca faltaron.

Pero, aun los que menos, todos tenían bastante de monos y ninguno terminaba de ingeniárselas para rascarle alguna solución verdadera a los problemas permanentes.

Y seguían agarrados dale que dale a una disritmia de la gran duramadre que los paría de la cabeza, poniéndolos en la ruta de un final próximo, absoluto y sin más vueltas, sólo por la cuestión de esos gustos inexplicables de ellos que había que aguantarles.

Y se así andaban en éstas, en trastornar cada vez más las cosas a su alrededor según los berretines inexplicables de sus puros gustos personales.

Lo difícil del tema era que la mayor parte de los monos tenían unos gustos, che, pero unos gustos propios de las cavernas; unos gustos rancios, porfiados e indigestos, que en el ínterin de procurárselos ya empezaban a dispararles aquellos disgustos atroces con los que se habían ido arruinando la realidad unos a otros, degradando y destruyendo el propio espacio natural que habitaban.

Aunque, según ellos, esos gustos estaban bien encuadrados dentro de las leyes, y no parecía, casi, que hicieran daño a nadie.

Y además había que tolerárselos, porque... "-todo es cuestión de gustos-" se contentaban con decir, evidenciando esa escuálida sabiduría de monos que tanto los embargaba.

Y a todo su alrededor, el mono de avanzada controla un ejército imbatible de máquinas programadas para custodiarlo y protegerlo a él, a su familia y a sus máquinas, dado el peligro latente que representa la proximidad de un tropel de monos mucho menos avanzados, quienes en cualquier momento intentarían aligerarlo de esos justos bienes maquinales que él se ha forjado en su arrollador avance.

A un número menor de esos monos los adiestra en las funciones de operación y mantenimiento de sus máquinas, y los estimula con la quimera de que algún día van a ascender a un rango de monos no tan atrasados, lo cual es un hábil recurso para someterlos siempre mansos y en confianza.

Mientras que al común de los monos del descarte los controla bien en baba, desplazados del bienestar; pero permitiéndoles muy democráticamente el uso de unas atractivas maquinitas azonzamonos que él mismo les facilita, a cambio de que se resignen a sus décadas de su esclavitud existencial, ya desde que nacen cercados contra el margen de un sobrevivir a la desesperada.

Claro que cuando le fallan esas inteligentes provisiones para contener en sus lugares a los monos inferiores, el mono de avanzada se ve obligado a recurrir a los métodos tradicionales, que son más rigurosos y dejan efectos residuales; pero que son métodos, también, por supuesto, absolutamente eficaces.

Era de prever que un paraíso tecnológico de semejante magnitud iba a significarle al mono de avanzada tener que afrontar un precio un tanto elevado. Y para cubrirlo no tuvo más remedio que venderle su alma, barata, a un cierto individuo algo sórdido, soberbio y con un extraño reír de máquina.

Pero, al menos, le sobraron un par de billetes como para reemplazarse la conciencia sana entregada en pago por un repuesto electrónico mental tipo estándar que le facilitaron de oferta, y que no es lo mismo que los pensamientos naturales... pero, igual, al mono de avanzada ¿qué le puede importar?, si, total, así como él quedó nunca se va a dar cuenta de nada.

## EL MONO DE AVANZADA

Él es un mono de ultra-ultra avanzada.

Gracias a sus excelentes cualidades personales ha venido superando no sé cuántas etapas desde aquella monez de nacimiento que lo igualaba con el resto de su especie.

Aunque, para su pesar, todavía visto por fuera se parece bastante a los demás.

Él, sin embargo, anda a otro nivel, apoyado en un gran poder adquisitivo y gozando de esa afición tan personal y tan de su clase que le inculcaron por dejar a las mayorías de los pobres bien abajo y bien atrás a lo lejos.

En su avance se armó de una cantidad desmesurada de máquinas que le resuelven los quehaceres diarios. Máquinas que edificaron esos cubículos suntuosos de materiales de alta tecnología que él habita junto a los suyos, y en donde disfruta de lo más doméstico de su maquinaria.

Dispone también de máquinas perfectas para jamás encontrarse desamparado frente a los problemas de la salud o ante algún otro imprevisto, y de máquinas que le garantizan reciclarlo en una vejez favorable y supermoderna.

Y posee unas formidables máquinas de altísimas velocidades, que lo van mudando de paisajes, en esa necesidad suya de imaginarse que a cada segundo se va ampliando la distancia insuperable que desde ya existe entre él y los monos más postergados.

Y se construye máquinas que le fabrican las máquinas que lo distraen durante todo el tiempo que le sobra gracias a los servicios de tantas máquinas.

Incluso hay máquinas que le dictan las preocupaciones permitidas para la semana, así no se percata de cómo con ese confort maquinario la vida se le va disolviendo en una consistencia frívola y demasiado mecánica.

Y cuenta con máquinas que ejercen el apostolado de brindarle la mejor educación a sus hijos, instruyéndolos en cómo insertarse mejor en este mundo de máquinas y así disfrutar de la epopeya del progreso; por ese capricho hereditario suyo de ir incrementándose distancias de delirio, siempre sorprendentes e incalculables.

## EL MONO DE LA CEBOLLA

Alguien le dijo que toda mente era un huevo de luz desplegando pensamientos en ondas suaves y aladas, y él ya se imaginaba la mente como el descebollarse de una gran cebolla iluminada.

Entonces su mente se le convierte en una cebolla que se observa a sí misma para averiguarse qué será aquello que ella es; es decir, una mente; o sea, en otras palabras, metiéndose a una situación un poco contrafusa.

De pronto, a cada instante, su mente produce una cebolla de palabras; con una capa externa hecha de palabras duras, rígidas, inmasticable; de unas palabras que nada más podrían servir para tirarlas al tacho. Pero, hacia el interior de la cebolla, las capas de palabras se le vuelven más tiernas, más acuosas y traslúcidas, como los discos de los ojos de un niño que nace ya sin tiempo para llorar. Y allá, al fondo de todas las capas de palabras, la cebolla desaparece por completo en una lejana nebulosa de luces color cebolla.

Y apenas queda vibrando un sonidito muy simple, desde el cual, de pronto, surge otra cebolla de palabras; también con una cáscara formada por palabras terribles, groseras, a veces fatales; pero que, invariablemente, en su centro contiene los sencillos átomos de los sueños de un niño.

Y siempre, al fondo de tantas cebollas de palabras, está aquel sonido, la emoción primordial del mono, que le reclama por lo bajo a su papá (a un papá eventual, por supuesto, a un papá que todavía aguarda en su esperanza):

“-Papá, decime si hice bien en nacer, si no soy sólo un desperfecto mal esculpido de la vida, un fleco sobrante de fábrica, un descarte de ilusiones y de falsas expectativas sin motivo. Decime que hice bien en venir al mundo, que no me equivoqué en haber nacido.”

Por todas las capas de las cebollas de su mente, le repercuten las piruetas científicas o imaginarias que el mono realiza en pos de lograr conquistas incomparables. Pero, ni aun cuando ya está a punto de vaticinar el futuro con absoluta precisión, ni cuando se logra admirar a través de todas las pantallas del planeta, ni tampoco al felicitarse a sí mismo por ser su único ídolo máximo, ni siquiera entonces alcanza a escuchar aquella voz de su papá, que le declare que sí, que su vida vale la pena.

El mono se entrega a un ping pong de fantasías y trata de esforzarse por algún gol salvador antes del rotundo final de la partida.

Y, mientras, su cabeza amontona otra cebolla de palabras dentro de una gran cebolla hecha de un millón de cebollas de palabras, creciendo hasta hacerse una sola cebolla de una sola infinita palabra, con la cual a cada momento se pronuncia el nombre silencioso del universo.

Y él siempre dándole y dándole a las palabras, para descubrir alguna vez esa voz cariñosa de aquel papá inalcanzable que venga, y que por fin le diga.

-";En el laboratorio se está mucho pero casi mucho peor que en la vieja selva!". Por supuesto, se cuidó muy bien de comentarlo y se puso con la mejor cara que tenía de televidente inocuo.

En alguna oficina alguien le advirtió que, si tanto le disgustaba esa jaula en la cual estaba confinado, podían llegar a facilitarle otra, bastante más reducida aun, y con unas compañías de lo peor. También le repitieron pacíficamente lo que ya se sabía de memoria: que si ponía el mayor empeño en cumplir determinadas pruebas de habilidad y de inteligencia, lograría obtener una jaula mucho más espaciosa y en un vecindario de jaulas de la mejor categoría.

Claro que esas pruebas eran muy embromadas, y eso también significaba nuevas dificultades y peligros, y con las mismas pocas posibilidades de resultar vencedor.

Pero llegó un día en que el mono se enchinchó y se decidió y se preparó, y empezó a resolver una a una las pruebas de inteligencia y de habilidad. Hasta que, obedecido y respetado, alcanzó el máximo cargo de mismísimo director del laboratorio.

¡Él! ¡Nada menos que él!

Con su nombre figurando en letras de bronce en cantidades de publicaciones y de cartelitos y de sellos. Y con una infinidad de monos internados en las jaulas, listos para ser sometidos a sus propias lucubraciones y teorías.

Una vez, sin embargo, cumpliendo sus funciones directivas, le tocó observar que el laboratorio en sí era una jaula gigante.

Y de inmediato ordenó a los guardias que abrieran para él la puerta de aquel encierro, dispuesto a investigar cierta sensación olvidada que venía resurgiéndole desde allá afuera.

Aunque ni se había alejado ni unos pasos cuando ya lo empezó a cargosear la vejez, y además le dio no supo bien una qué de cosas abandonar así su tan acostumbrado universo de barrotes y de enjaulados.

Y después nunca pero nunca más volvió a intentar ser libre.

Y al tiempo se murió, como en un día común cualquiera, absolutamente convencido de haber llegado a ser algo, y quizás mucho en la vida.

Pero en realidad habiendo desaprovechado la única oportunidad que se le dio entonces, tarde, para vivirla un poco de veras.

## EL MONO DIRECTOR

Una mañana se despertó en la certeza sombría de no ser otra que un mono al que lo estuvieron siempre usando para algún experimento raro.

Y él, un tonto que jamás se había dado cuenta.

Por eso fue que apretó fuerte los dedos sobre los barrotes de la jaula, protestándose un "-¡Bueno! ¡Basta!-", y se exigió comprender qué podría estarle pasando, pero no hubo ninguna sabiduría que le respondiera desde el interior de su mente.

Nada más se le produjo un silencio cerebral, como de cavernas de hielo, y se oyó el rumor de un trasegar de neuronas justo a la mitad de una idea que no llegaba a ser pensada del todo.

Entre los habitantes de aquel mundo de las jaulas flotaba cierto resentimiento contenido.

Una animosidad latente que habría concluido en batallas campales, de encontrarse todos ellos de pronto sueltos en la antigua selva de sus orígenes.

De esa selva primitiva apenas si recordaban cuántos peligros, dificultades y cuántas mínimas probabilidades de sobrevivir se les imponían. Naturalmente, allá en la selva no habrían tenido tiempo de preguntarse por nada.

En cambio, en las jaulas, el tiempo les sobraba, como también sobraban ellos. -¡Tal vez, pasarla en estas jaulas, en última instancia, sea lo mismo, o peor, que aguantarse en la plena selva!- filosofaba el mono por millonésima vez.

Y hubiera querido expresarse en voz alta, pero no pudo, porque de pronto se encontró ensimismado, masticando uno de esos barrotes de acero al cromo que cerraban su jaulita.

Era la primera vez que se sorprendía en algo así, tan de neurótico.

Desde el cielorraso del gran laboratorio una voz tronó entre los pasillos de las jaulas: "-¡Ajá! ¡Conque andás queriéndote escapar!-" Rápidamente, el mono se hizo un bollo de pelos, apretado contra un rincón al fondo de la jaula.

Mientras lo llevaban para declarar ante las autoridades del laboratorio apreció esta otra histeria represiva, también llena de peligros, de dificultades y con tan pocas posibilidades. Y pensó:

## EL MONO DEL MONTÓN

Había un montón de monos, y él era uno más entre los muchos. Un mono cualquiera, o uno ninguno.

Por ahí se armaba un marcado rocanrol sobre las calles, un acá andamos con ritmo de candombe a los apurones.

Y millones de caras de los monos cansados de tanto llevar puestas encima sus armaduras. Y un tlacatlán hipoacústico de tintineos subliminales, ocasionado por el entrechocar continuo de sus blindajes de lata.

El mono iba metido en su coraza a la cola del montón, con un número instalado en sus papeles, un poco convencido por ese numerito que le tocaba ser, o como siendo alguien por ese número.

Pero no era otra que un mono amontonado en la muchedumbre, siempre bajo una estrella opaca que lo agrisaba sin variantes.

Intentando a cada paso alguna alternativa de cambio para posicionarse mejor entre esas formaciones de monos imbuidos de un perfecto estado de adecuación a las realidades dadas.

Por lo común ubicaba algunas salidas lo bastante aceptables como para huir de la malaria agobiante hacia la que este sistema selvático lo empujaba a diario.

Sin embargo, ante cada posible puerta de escape se atascaban infinidades de monos, en el deseo urgente de obtener sus propias salvaciones individuales.

Y él, que era sólo un mono más.

Uno más; entumecido bajo el peso de su armadura, el elemento indispensable para que nunca nadie pudiera llegar a molestarlo.

A veces, por probar, se levantaba la visera del casco, como para insinuarles algo de pasada a esas monas que lo perturbaban con su desfile de caparazones de geometrías volubles, cálidas y sugerentes.

Pero todo era inútil. El no poseía un navío superestelar con el cual invitarlas a disfrutar de aquellos paraísos materiales que sólo podrían adquirirse mediante alguna heroica aventura conquistadora, de aquellas aventuras que ¿él? ¿él?, no, por supuesto que ¿él?, no, él jamás.

De a ratos se sentía como en un bajón; pero eso únicamente en sus días buenos, porque, por lo demás, no se sentía nunca nada.

Él era apenas un mono, uno de los tantísimos monos que eran.

Con su perspectiva de futuro bien parejito y con un nombresucho repetido, que podría bien ser el de alguna marca menor dentro del mercado de los electrodomésticos.

Le quedaban, aparte, unas cuantas imágenes prendidas a los colores gastados de su memoria, lo que le tornaba más llevadero el haberse pasado la vida tan al ras del tiempo.

Él era un mono de cierta época en la cual madurar significaba, en realidad, haberse rendido prisionero de incontables obligaciones.

Esa época en la que, por imperio de cierta divina selección artificial, únicamente los monos más aptos se encaminarían con seguridad hacia alguno de aquellos triunfos tan bien promocionados.

Y él, que era sólo un mono, uno más del montón.

Para colmo, todo el santo día con la cabeza llena de estas puras monudeces.

Es decir, que las transformaciones, el progreso y los afanes de la monidad se deben, en gran medida, al hecho de haberse tenido que controlar sus desaforados apetitos sexuales; ya que si no se disiparan esas ganas en otras actividades, los monos se pasarían la mayor parte de los días ya sabemos en cuáles.

Hasta que alguna vez por fin se invente una pastilla de hormonas que normalicen de una vez por todas la cosa ésta de los deseos, según se estaba en los comienzos de la carrera hacia la excelsitud. Y a partir de ese instante... ¡a que no nos podemos imaginar en qué armonía viviríamos!

## EL MONO DE ÉXITO

-**E**l éxito es pura fantasía- gritó el mono, excitado por el descubrimiento de esta verdad incontenible, alcanzada después de haber escalonado durante horas miles y miles de pensamientos exitosos.

La selva en sí era una monumentalidad de excitantes peldaños por los que habría que trepar exitosamente.

Esa mañana el mono había andado a tientas detrás del éxito.

Venía con toda su irrealidad afuera, el pelo desenjaulado, y los ojos... ¡esos ojos! Unos monitos que pasaban por ahí avisaron: -¡Miren, miren qué raro que está ese mono!-

Era cierto. El mono se dijo: -Mejor me sereno un poco-, entonces se compuso, pero probó que componiéndose se deprimía como un escalón cualquiera de abajo, y dedujo que todo lo que él necesitaba en la vida era algún montoncito de éxito.

Y habiéndolo resuelto, empezó de vuelta a ponerse como loco –pero esta vez ya más para sus adentros- por ese triunfo magnífico de su entendimiento.

Sin embargo, enseguida lo ensombreció una duda: ¿de dónde le saldría esa necesidad de vivir para la consecución de un éxito?

Imposible responderse ni aunque se lo preguntara así, continuamente, sin respirar, jadeando y exhuyendo por los poros una extraña sudoración agrídulce que no era otra cosa que la simple licuefacción de su cerebro exangüe.

¿Por qué los monos necesitan el éxito, esa afición que les insume la existencia completa?

Tal vez, la cuestión provenga de cierto desarreglo remotísimo que les distorsionó las temporadas de celo por motivo de su búsqueda constante de los mayores placeres de esta vida.

Y por eso ahora los fascinan cantidades de cosas, sumergidos en un patetismo emocional cuya única lógica está en perseguir esas tentaciones que los excitan, y así conquistar el éxito.

## EL MONO AMONADO

**A**sí que, al final, él resultaba un mono, nada más.

Él, que toda la vida se había creído ya ni sabía bien qué: otra cosa, algo importante; a lo mejor tan importante como ciertas palabras.

Sí, palabras.

Siempre se había supuesto ser unas ciertas sublimes palabras.

Pero, ahora se daba cuenta cabal de que no pasaba de ser un vulgar mono.

Y también descubrió que lo realmente insólito era que todos, todos, pero absolutamente todos los demás, ellos sí eran palabras y más palabras.

Y él, que siempre pensó que los demás, en general, eran unos simplotes mecanonautas ambuladores, salvo algunos que se habían ido superando de a poco, hasta merecer considerárselos con toda seriedad como unos severos controladores, y nunca más que eso.

Aunque, en sustancia, él era un mono, y los demás eran, todos, esas tramitadas palabras de cada día; palabras que ni siquiera iban rellenas o cubiertas por los sonidos que las pronunciaran.

Sino, nada más, palabras; apenas etéreas y puras palabras.

A todo esto, aquella mañana la calle no lo había afectado peor que en cualquier otro enero. Sí lo tuvieron a los tumbos las nubes sueltas de una tormenta eléctrica que al final no se concretó, pero que tiraba como unos protitos de relámpagos corrugados que la gente confundía con los destellos de bombardeos sobre algún otro continente; y que a él, sin querer, le hicieron un cortocircuito entre dos neuronas en un determinado lugar clave de su cerebro. Hecho que de golpe le bastó para autodefinirse con justeza en su auténtica condición de mono.

Como tal, ahí, al toque, en un momento, se enteró de que su vida carecía del menor significado.

Y de cómo todos aquellos seres de palabras que a su alrededor habitaban la gran selva de la ciudad lo enceldaban bajo sus prédicas inexorables, con sus vocabularios cargados de hipótesis y de moralejas, cosas esenciales en los seres hechos de puras y únicas palabras.

Y él, así, tan boludamente un mono, que cruzaba en diagonal por alguna esquina de suicidas.

Y que encima se complicó frente a una cola de los impuestos, quedándose a pagar lo que no debía.

Y para colmo deseoso de abordar al paso a algunas perspicaces que ondulaban por ahí. Claro que sin alcanzar a sobrellevarlas, con ese déficit tan personal suyo en cuanto al ámbito específico de las palabras.

Y después, casualmente, se ganó la vida bien a lo mono. Y canceló hasta nunca sus provisiones venideras, y se vistió con una sonrisita floja que le sobraba de la cara.

Y ya no se interesó nunca demasiado más por nada, ni por él, ni por este mundo irónico y adverso que siempre desde un principio lo había sorprendido presumiblemente tramándose humano.

¿Quiénes son los que están preparados para aprender a querer y a poder hasta en el embrollo más exigido?

Únicamente van a querer y a poder lo suficiente los que desde sus infancias fueron guiados a afirmarse en la posible concreción de sus deseos.

Y ellos son, por supuesto, los monos pudientes.

Así las cosas, mientras no se ayude a los desalentados a confiar en sus anhelos, ¿cómo harán ellos, por su propia cuenta, para creer en la probable realización de sus proyectos?

De modo que los afortunados que hereden cierta clase de educación y de cuidados van a vivir queriendo y pudiendo privilegiadamente.

En tanto que los demás siempre van a querer y poder apenas lo mínimo, por lo común tan poco como para jamás ni imaginarse que lo conveniente no está en fortalecer a los que ya son poderosos.

Sino que sería necesario unir nuestras buenas voluntades en favor de inaugurar esa noble igualdad, que hoy en día ni siquiera se recuerda.

Pero, esta vez en serio, la igualdad de compartir entre todos los conocimientos que dan a entender la realidad; una auténtica igualdad en la educación, para el bien de todos los monos que trajinamos en esta selva de bestialidades, que entonces comenzaría a ser no tan selva, quizás; así como no tan monos nosotros, si Dios quisiera.

## EL MONO PUDIENTE

“Querer es poder”, proclaman desde muy antiguo algunos monos que sí pudieron algo en la vida.

Los monos restantes, detenidos en los cimientos de sus futuros paraísos siempre en trámite, se rascan los pensamientos con unos dedos gastados de ir sumándose los porvenires en cómodas cuotas, y miran sus sueños cayendo al día como un baldazo de la nada, y se preguntan:

-Si en teoría estas dos palabras, querer y poder, significan lo mismo, ¿por qué resultan en la práctica cosas tan distintas, como que casi son opuestas?— ¿No habría un error en ese elíxir del saber tan popularizado entre los monos?

Y lo más curioso serían las dos variantes en las que suele usarse aquella expresión.

Por un lado, sirviendo como justificación adecuada para negarles ayuda a los que pudieron menos. Y por otro, siendo el argumento mediante el cual los debiluchos pobretones deberían convencerse de que ellos ni siquiera merecen ser ayudados; porque, si en verdad quisieran una ayuda, ya deberían estar ayudándose por sí mismos.

De modo que lo mejor sería que aprendieran a querer y a poder y se dejasen de andar molestando a los que han venido pudiendo legítimamente bien, y a quienes no les sobra el tiempo como para atenderles las quejas a cuantos desahuciados ambulan por ahí.

Además, es comprensible que los monos pudientes no lleguen a pensar en soluciones mejor concebidas. Pasa que en la selva hay tantos enemigos sistemáticos de los cuales ponerse a salvo, que su atención se les subdivide en infinidad de meditaciones cotidianas tan maravillosas e imprescindibles, aunque de una trascendencia muy limitada.

De hecho, por más que quisieran optimizar sus pensamientos parecería que no pueden.

Es que para poder algo hay que ir ya queriéndolo desde antes, no?

Ahora, ¿cómo alcanza alguien a querer algo, más allá de sus instintos básicos?

## EL MONO INOCENCIO

-Al sol del amanecer se le descompuso un resplandor dorado- les venía a informar la tele.

Durante los primeros momentos, en la gran ciudad de la selva los monos no opinaron gran cosa, y nada más aceptaron la ocurrencia del sol con la misma fuerza de la costumbre que los hacía convencerse de todo lo que se diera a difusión, sin pensarlo ni siquiera una vez.

De concreto, se enteraron de que en el sol habían aparecido dos ojos profundos, oscuros e inexpresivos como dos rayos láser negros extraídos de una noche prodigiosa.

Algunos monos que investigaban el infinito mediante periscopios intergalácticos anunciaron que a través de aquellas oscuras heridas solares se podían ver brillar las estrellas de gelatina del otro cielo invisible que nace por detrás del cielo.

Y explicaron que al sol le había acontecido una curiosa peripecia que lo estaría ahuecando de lado a lado.

Incluso hasta los monos menos avisados supieron que se avecinaban unos noticiones editoriales de aquéllos.

Y hasta los menos elocuentes comentaron: -Muy interesante-.

Unos lerdos días más tarde se publicó que los agujeros del sol habían sido provocados por un par de asteroides gigantes; los que, tras perforarlo, ahora enfilaban derecho hacia la Tierra.

Y fue cuando más titulares se vendieron en toda esa década de la historia.

Luego las cosas habrían de ir variando de a poco, al conocerse que ni los asteroides eran tales, ni tampoco en el sol había ningunos agujeros.

Sino que era lo peor.

Resultaban aproximarse dos naves espaciales no identificadas que habían sí surgido desde el interior del astro rey; planteándose la hipótesis para nada descabellada de que los soles funcionen como puertas interdimensionales para viajeros llegados desde largas distancias, que si no se combustionan al rigor de los pasajes trans-estelares sería porque los protege una coraza de no sé qué de la antimateria.

No obstante, dado que pasaban los días y los turistas alienígenas no se asomaban para estrecharse por aquí en abrazo señero con el público terrícola, ni para firmar los autógrafos correspondientes, circuló el comentario de que todo ese despliegue mediático había sido una equivocación, un chiste, o sencillamente una mentira.

Pero, siendo que los monos tienen una memoria tan floja, enseguida se olvidaron del asunto; lo suficiente como para que al tiempo volvieran otra vez a tenerlos boquiabiertos con cuentos nuevos, como los de un encuentro cercano del décimo tipo con una raza exótica de monoides cósmicos, que llegan alumbrando el espacio a diez mil colores y desprenden neblinas de emociones que van a empañar el mundo.

Y así les pasa que vuelta a vuelta los agarraron siempre para el churrete.

Y ellos, dispuestos a creerse cualquiera con tal de no tomarse el gran trabajo de pensarla un poco.

¡Pero, si serán unos...!

-¿Y, doctora, qué me pasa? ¿Tengo algo de malo?

Las ostentosas curvaturas de pochoclo de la doctora Neurona le generaban al mono una exultación permanente: -Mire, espero que comprenda, podría sucederle que, tal vez por algún deseo insatisfecho de su infancia, surgiese en usted, al presente, un estar siendo como..., de cierta manera que..., le explico..., o sea..., durante años, creciéndole en secreto..., con características..., digamos..., de una magnitud..., no sé..., tan imprevisible. Y, súbitamente, esta radiación... que a lo mejor provoca... Oiga, ¿me sigue?- La doctora lo contemplaba desde la dulce mermelada de sus ojitos de pochoclo.

De pronto, en un instante, el mono recordó algún lejano día en un parque, cuando su madre lo persuadió a cachetazos de que el dinero no les alcanzaba para seguir comprando más bolsitas de pochoclo.

Aquello había sucedido hacía muchos años.

Pero, ahora, en revancha él estaba decidido a emprenderla derecho nomás contra este mundo tan apetecible, habitado todo, todo, absolutamente todo por puros pochoclos!

-¡Juo! ¡Juo! ¡Juo!- se reía.

## EL MONO AMBICIOSO

**A**tacado por hondas disonancias espirituales, el mono se arrastra hacia una lucha interior que casi va a desintegrarlo. Él, que siempre ha sido él y que ahora lo duda, se enfrenta con sus mordaces y vetustos archienemigos. Sí, se enfrenta a...: "Los inapelables rencores de su pasado" - ¡Glup!-

En una cálida ciudad-selva, al sur de Mundongo, el mono saluda ante la puerta de un bar: -¡Ea, amigos! ¡Tanto tiempo! Oigan, ¿qué les parece si...- ¡Truck! (algo en esa escena tan reiterada lo conmociona y queda de pié desmayado por unos minutos). Al reaccionar, miró los rostros de sus conocidos preguntándose qué les pasaría. El mono tenía la impresión de que no habían transcurrido más que algunos instantes, pero... ¡ahora sus amigos se habían convertido en unos succulentos pochoclos enmermelados! ¡Oh! ¡El mono casi no daba crédito a lo que veía!

Al tratar de reanimarse se percató de un hormigueo en su aparato digestivo.

-¡Uf! ¡Creo que... que algo me canta falta!-. De inmediato, descubrió a su alrededor un hecho de lo más sorprendente: ¡que todos en la selva se habían transformado en unos superpochoclos enmermelados!

El asombro lo dejó con la boca abierta y tuvo que cubrirsela con una mano.

-¿Qué... qué te pasa?- le insistían los conocidos. -No, nada, nada,- articulaba el mono -es que... es que estoy un poco mareado. Eso es todo-. Pero en realidad pensando: "Debo ocultarles lo que me babeo de las ganas de almorzarme a todos estos pochoclos enmermelados".

En seguida acudieron otros pochoclos enmermelados de azul, que alejaron a los curiosos con unos ruidotes crocantes y autoritarios.

Entonces los conocidos le dijeron: -Ven, iremos al hospital a que te atienda un especialista-. Rato más tarde, la doctora en psiquiatría Purita Neurona le explicaba: -Oiga, escúcheme: usted, de fija, fue impactado por un grumo de la radiación remanente, ¿sabe?- (sucedió que, desde tiempo atrás, Mundongo se encontraba contaminado por tantas pruebas con bombas ultradementes que incluso lo había circunvalado un remolino nuclear, torneándole una silueta igualita a la de un hongo atómico común y silvestre).

## EL MONO EN ACUARIO

**F**ue un verano gris por aquellos tiempos lejanos en que todavía los años parecían querer durarnos hasta siempre.

Y claro que, siendo verano, llovía.

Pero no iban viniendo solamente esas lluvias que suelen caer de apuro, en un aguacero al paso, y que huyen como distraídas por la sorpresa de haber llegado.

No, hubo además otras lluvias, blandas y lentas, que se descolgaban en paracaídas entre el aire elástico y rebozaban la selva con duchas de suspenso, vaporosas y adhesivas.

Igual que frente a los sonámbulos exasperados o ante el mediodía de los eclipses, convenía no observar aquellas lluvias en directo, porque al andar de las horas iban destiñendo las miradas, y muchos monos terminaron enaguados en un aire de llanto constante, que se les diluía de a poco, pero les regresaba cada temporada para la época de las fiestas, destinándolos a contemplarse con lágrimas en el recambio de los almanagues.

Fue a causa de tales lluvias que se impuso la moda de unas sombrillitas individuales, sujetadas con cintas y broches al perímetro de la cabeza, tan cómodas para ir a agitar en los palcos y tribunas que por esos días se abolió el uso tradicional de los paraguas; los que, aparte de cargar con unas melancolías de murciélagos, nunca se sabía en donde dejárselos olvidados, preocupación que por ahí llevaba toda la tarde en resolverse, hasta que se los abandonara en cualquier lugar irrecordable de la vida.

Eso sí, a pesar de la lluvia, el calor permaneció tan anormal como ayer y como anteayer o como en cualquier otra catástrofe ecológica de las acontecidas con estos efectos tipo invernadero.

En tanto, los monos trepidaban en su congoja húmeda por las calles sembradas de pantanos, sudando sopores, a punto del hastío y combatidos a cada instante por unos mosquitos pertinaces y fragorosos, que embestían con un gesto de desesperación como solamente los que se recuerdan en sueños imposibles o los de amoríos inexactos.

Siguieron entonces creciendo los circos de altoparlantes, anunciando por una enésima vez el apocalipsis total para dentro de unas pocas horas.

Y, mientras, los contribuyentes a tales suposiciones se anegaban de santos enfados al enterarse de que a ellos el último juicio los iría a agarrar como a ángeles, varados en esta celada de la selva y tan lejos de las playas.

En fin, aquél fue un verano desconsolado y pálido, con un lento maremoto de precipitaciones que recopiló los mayores murmullos por parte de los heladeros ambulantes y que desconcertó los carnavales y no perdonó intacto ningún fin de semana.

Como era natural, las monas aprovechaban para pasearse, enduidas por la lluvia bajo sus frágiles trajes de sirenas, exhibiendo y disimulando apenas sus encantos de nubes en tormenta, misteriosas e inaccesibles, ante la inspiración emocionada de los vigías de la vereda que suspiraban burbujas en aquel paraíso acuático.

Con su insinuarse, ellas ayudaban a destartalar otro tanto la muy precaria situación nerviosa de estos monos que día a día salían vacilando hacia los laberintos de la selva para hacerle frente a... y, la verdad, ya los monos ni se acordaban contra qué era que salían a enfrentarse.

El mono pesado idolatraba a los poderosos.

Le inculcaron que hubiera sido un idiota si no se aprovechaba de su tamaño y agresividad para integrarse al club de los monos pesados y prestar un servicio fundamental a los intereses de los privilegiados.

Así se garantizaba un pasar más fácil que el de aquella masa que va y vuelve del trabajo a las horas pico.

Lo enredaron adulterándole cuentos acerca de que un dios justificaría todas las infamias que cometiera bajo las tétricas órdenes de sus jefachos.

Es un tipejo que no sabe ni para qué vive.

Es otro de esos espantosos depravados que se creen los grandes monos por complacerse a tiranizar a sus semejantes.

## EL MONO PESADO

Como al nacer lo observaron más robusto que al resto de su camada fue específicamente elegido para ser convertido en un delincuente útil para el poder.

Lo vigilaban a la distancia; se esperaba que pudiera desarrollar toda su fuerza a fin de sentirse seguro de sí y constituirse en una amenazante inseguridad para los demás.

Para eso lo criaron dejándolo abusarse de sus compañeritos.

Ninguno de sus guías le recriminó que impusiera una acción represiva intimidatoria sobre los más débiles. Explicaban que esto le hacía muy bien al conjunto, ya que así todos aprenderían a defenderse en la vida. Pero los más débiles sólo se atemorizaban.

No lo desgastaron en las agotadoras tareas de procurarse el alimento, sino que se entretuvo toda su juventud en unos juegos enérgicos que le irían agravando la fiereza.

También lo convencieron de que él era unos de los portentos más insignes pisando sobre la selva.

Hacía miles de años que la comida había comenzado a escasear en la tribu. Los monos no tan pesados, menos importantes para el sistema, eran obligados a sumir sus vidas en las tareas de obtención de bienes, y su recompensa era exigua.

Los monos de la jefatura realizaban el reparto a su entera conveniencia; lo cual, según ellos, era lo justo, por tener que ocuparse ellos del arduo deber de expoliar al resto.

La faena del mono pesado era atacar a quien quisiera discutir este estado de cosas.

Entre los monos era ley casi no penar una golpiza contra cualquier mono de la masa; de modo que los monos trabajadores vivían amedrentados por la prepotencia de ese mono pendenciero.

Él se encargaba de que ninguno de los sacrificados proveedores de bienes a los que siempre les tocaba quedarse con la parte más pobre se pusiera a protestar por eso.

## EL MONO EN LA CALESITA

Tantas veces los mayores no lo dejaron una vuelta más. La última. ¿Cuántas veces? Todas; las mismas de siempre. Y siempre las mismas pálidas frustraciones.

Pero cada vez peor, porque se le iban acumulando.

Y al llegarle el tiempo en que las calesitas ya no le quedaban, sumaba unas inolvidables veinticinco mil vueltas no cumplidas en un déficit irreparable.

Así que no pudo evitarlo; anduvo anhelante por la selva, subido a la vida como a una calesita absoluta, dando vueltas y vueltas, una por una todas las vueltas que le faltó disfrutar de pequeño.

Y a diario sacaba su boleto para treparse al mundo, girando sobre los años y sobre los finales de esta calesita gigante de la ciudad, anclada en un baldío de las estrellas.

Y él, con tantas ganas de dar sus paseos en un autito, igual que cuando de chico se ensoñaba viajando por paisajes de calesita hacia alguna frontera legendaria; aunque llegando nada más que al término de otra vuelta y sin sortija.

Entre medio, esa historia constante de peleas con los demás monitos para tener asegurado un sitio en donde dejarse llevar cómodo y con el menor esfuerzo, sintiendo como que la realidad lo quiere tanto que ofrenda para él su danza circular.

Y él con tanta necesidad de albergarse en ese amor impersonal, poco comprometido y muy económico que le rescata a la vida.

Mientras, se entrena para conseguir la suficiente autonomía de viaje, cosa de no temer a cada rato que venga alguien a tironearlo de su asiento en un autito.

Ahora, de mayor, nada más que tal vez a la muerte le reconocería el derecho a despojarlo de su lugar en la calesita.

Pero en eso mejor es no pensar, no?

Mejor seguir el ritmo de esta calesita de las fantasías; de los espejismos que rondan adentro de un televisor; de la continuidad blanda de las rutinas.

Sin bajarse ni un momento a ver lo mareado que anda ya a esta altura, mientras pega vueltas y vueltas, con el cerebro al fin convertido en su propia calesita personal e incorporada.

## EL MONO ILUSIONADO

Cuando el mono cada tanto piensa en el sentido que tiene vivir metido en este barullo de la selva, se pregunta:

-¿Y, para qué vivimos?

En seguida, casi sin darse cuenta, se responde:

-¿Y si vivimos para ilusionarnos con que la vida nos resulte un juego digno, interesante, o al menos soportable?

Bien, a partir de ahí su historia se le descubre un haberse hecho siempre tantas ilusiones por todas esas pavadas que se compró, o por la felicidad automática que una vez imaginó, creyendo en semejantes ingenuidades.

Y por la ansiedad psicótica que le vibra a esta lujuria de cemento que es su hábitat de rutina.

Entonces el mono reniega y se protesta: "¡No! ¡No! ¡No puede ser! ¡Nuestra forma de vivir debe tener un gran valor! ¡La selva, pero, seguro, es mucho más que fantasearnos unas puras ilusiones!"

Claro que le haría falta armarse de alguna filosofía a la chiripa para aceptar que un mundo donde se malgasta tanto y se dedica tanto esfuerzo en obtener lo innecesario sea otra cosa que una maraña absurda de ilusiones. De ilusiones costosas o modestas. Pero, al fin, de simples y fanáticas ilusiones.

De repente se entusiasma y se murmura entre labios el hallazgo deslumbrante de que en la selva se está para... -¡Para darle y darle y progresar en base a nuestro tesón y a nuestro honroso sacrificio! ¡Qué tanto!- Y se taponan los oídos con dos dedos, bien fuerte, a fin de ratificarse sus categóricas opiniones.

-¡Y basta del disparate ése de que se existe nada más que para un vivirla de ilusiones!

Naturalmente, como ya es la hora de salir al trabajo, el mono deja de meditar por un rato en estas vanas cuestiones existenciales.

Como de costumbre, se viste de acuerdo con sus relaciones laborales y con su posición económica frente a los demás, y eso, la categoría de su indumentaria, no es ninguna fantasía, no, ninguna ilusión, qué te parece!

Entonces grita: - ¡Los protestones como vos son todos unos totalitarios!

-Pero, escúcheme; si no es que yo estuviera protestando. Pasa que tanta pobreza va a traer violencia, horrores, locura y corrupción.

El mono rabioso se agarrota rabiosamente en un éxtasis de odio y sadismo.

Propio de la enfermedad, adopta aires de estatua a punto de tronarse.

-Los problemas que pueda haber ya lo van a solucionar los dueños del mundo; captaste, populista? Y vos no tenés nada que venir a comentar. ¿Estamos? Mantenete bien calladito. Si querés hablar, hablá pavadas. Pero no te metás con los que mandan.

-Es que se trata de una situación que ya está desintegrando a la sociedad. Los valores morales caen; la educación, la solidaridad, la tolerancia, el respeto.

-Quedás avisado, buchonazo. Dejá de meterte en lo que no te importa.

Alrededor la rabia se extendía como una epidemia vieja. Monos y monas de caras hoscas, de rictus contorsionados, tosiendo una rabiada de insultos idiotas. Los monos rabiosos aullaban a coro: "-No molestés a los dueños del mundo-". Rabiando sus miedos de infancia.

Coléricos, sanguinarios; alucinando como que quienes dominan por sobre todos fueran parientes suyos o andá a saber qué, no?

Son unos enfermos muy peligrosos.

# EL MONO RABIOSO

*M*ientras el gentío espera en la vereda a que cambie la luz del semáforo, por la calle transcurren los esclavos de la miseria, empujando carritos cargados con los requiechos sobrantes del día, que irán a vender en los galpones del reciclado por unas monedas.

Entre la gente alguien acaba de hacer un comentario, quizás bien intencionado.

Pero justo a su lado hay un mono rabioso, quien de pronto siente unos impulsos incontrolables por triturar, a causa de una enfermedad lenta que lo atraviesa de por vida; una ira cruel que le corroe las membranas neuronales; un rabiar de años y años que le tensa y le comprime los haces nerviosos hasta impedirle pensar.

El mono rabioso inmediatamente identifica al transeúnte que habló primero y se dispone a recriminarlo.

Pronuncia las sílabas con una voz cargada y áspera.

- ¡Cuánta basura!- dice, mientras otro carrito pasa y algunas personas se dan vuelta para no mirar.

El tipo del primer comentario le responde:

-Y sí, es un trabajo de mucho esfuerzo por unos pocos pesos.

El mono rabioso está que se sulfura. Del cerebro le babea un licuado de citoplasma espumante.

-No, perejil. ¿Sabés qué es basura? Basura es lo que vos andás diciendo. Eso es basura.

-¿Yo? ¿Yo? ¿Qué dije yo?

-Pero no te hagas el boludo...

-Que qué lástima, que cuánta pobreza que hay. Eso dije.

- ¡Ah! ¿Sí? ¿Y no sabés que estamos en una monocracia y vos no sos quién para opinar lo que te parezca? Lo que vos querés es desestabilizar el sistema.

Llevado por su rabieta, el mono en todo momento se siente un ser superior, despreciando a los que se le aparecen como debiluchos.

La enfermedad le ha devastado las emociones y actúa acosado por un reservorio de traumas infantiles y de humillaciones habidas y por la insaciable urgencia de vengarse en algún otro.

Inmediatamente le dice "-hola-" a su jefe, el cual también es una realidad, su jefe, oíme, para nada ficticio. ¿Y el día y la hora? ¡Eso sí que es de lo más auténtico! Año veintidós mil de la era piedrotrónica, mitad de la semana, jornada laborable.

Con honradez cumple lo suyo en la elaboración, custodia y reparto de algunas mercancías, cuya gran demanda en los mercados selváticos se basa en firmes campañas publicitarias; un trabajo gracias al cual él se siente ayudando al desarrollo organizativo de la selva, lo que es un mérito digno y súper importante.

Además, si Dios quiere, a fin de mes le pagan el justo salario, y eso es una certeza que no querría poner en duda.

Nadie le puede decir que lo que usualmente compone su vida sean unas pánfilas ilusiones.

Ahora se encuentra absolutamente seguro de que en la selva uno tiene que cumplir con su parte, obtener su beneficio, y no andar preguntándose naditas. Cualquier otra forma de interpretar las cosas podría ya llevarlo a desconfiar de la solidez cívica de sus deberes cotidianos.

¿Y entonces? ¿Qué pasaría con su trabajo, con sus horarios, con sus ropas, con su sueldo y qué pasaría hasta con su jefe, si un día él se despertara a eso de que la selva es un ir persiguiendo ilusiones tras ilusiones?

Tan cargados de candideces, tendidos en ese impulso quieto del conformismo. Y bajo un temor triste que los apabulla; por el cual los monos siempre terminaron olvidándose con amargura cómo sería aquello de la libertad, que alguna vez les contaron.

## EL MONO ALGUIEN EN LA VIDA

*H*abía que ser alguien en la vida. No importaba tanto qué.

Alguien.

Y no lo que cada uno podría considerar ser alguien, sino ser alguien según el creer de los demás.

Importaba que los demás estimaran que uno aparentaba ser alguien.

De modo que lo provechoso pasaba porque los otros pensaran que uno era.

Y lo más frecuente no esa ser, sino sólo parecer alguien.

Porque cultivar una mera apariencia tal vez exigía tanto empeño como trabajar por ser lo que se anhelara.

Pero, componerse una personalidad propia insumiría mucho tiempo.

Así que no hay que extrañarse por el hecho de que casi todos los monos se preocuparan antes que nada por parecer alguien, o al menos algo.

El inconveniente estaba en que la actividad que debía desplegarse para ofrecer un personaje creíble iba muchas veces en sentido inverso al de lograr ser aquel alguien promisorio.

De modo que un bajo porcentaje de monos era alguien de verdad, mientras la casi absoluta mayoría nada más simulaba ser durante toda la vida.

Y esto los había llevado a la construcción de un modelo de sociedad destinado a resguardar las apariencias.

Todo un sistema de hipócritas, comprometidos a encubrirse sus preciadas falsedades.

## EL MONO PERVERSO

*L*a perversión es un interés por experimentar ciertas vivencias hacia las personas desde la más absoluta falta de aprecio y de respeto.

El perverso fue dañado durante su infancia en su aptitud de amar.

El amor es la defensa natural contra el desarrollo de las perversiones.

Pulsiones que en estado normal participan armónicamente de una voluntad inteligente y benéfica, al faltarles el amor se transforman en aberraciones de la personalidad.

El mono pervertido busca el poder para ejercer sus perversiones, así que se burla de lo que le parece débil, aunque sea algo sagrado. Para él Dios es una presencia tenue, y tiene la apetencia de utilizarlo para sus fines. Con este objetivo tratará de aliarse al accionar criminal de algún grupo de choque.

En público y a viva voz comenta poco más que acerca de productos para comprar, juegos o disfrutes morbosos, mientras que en privado pondera a las fuerzas de la dominación social, y señala quienes deben ser excomulgados y a quienes se debe acallar.

Le gusta pervertir las palabras ridiculizando los conceptos más virtuosos.

Se divierte degradando toda noción que pueda llevar a la idea de una sociedad más solidaria.

Aparte, puede pasarla de haragán embutido en una poltrona, haciendo como que cumple una función útil y hasta obteniendo un buen rédito por ello.

Pero su actividad verdadera es la de imponer sus pensamientos pervertidos.

En consonancia con sus disloques pergeña sornas y ademanes degradantes de la sexualidad.

Y, como odia la bondad y la paz, ridiculiza estos sentimientos, asociándolos a los impulsos sexuales que él mismo se encarga de denigrar.

Su caso es muy común.

Se trata de un mono cuya mente quedó atascada en los niveles de la bestialidad y del egoísmo.

Es desvergonzado y violento; con una astucia de barbarie agudizada por la inmoralidad, y de la cual se vale para socavar los derechos de los que tienen que padecer la cretinada de su tracionera existencia.

continúe en infalible carrera hacia los ideales del poder y de la propiedad privada, en el soberbio amor por las banderas del imperio del progreso y de la patria de clases; y confiando en que ni aquellos adelantados desastres tecnológicos ni nada jamás logrará disminuir el culto y la admiración que se debe hacia los monos más ejemplares del pasado y del presente, ni infringir la observancia general a esas leyes tan sabias, que les otorgan a los monos en conserva el ejercicio del poder supremo; tal como ha sido, es y habrá de ser para siempre, por los siglos de los siglos.

## EL MONO DISFRAZADO

*A*l final, su mono existir era nada más que un disfraz. O sea, un componer y cambiarse disfraces.

Hasta su mismo lenguaje disfrazaba esta realidad. Prefería mencionar como ropa o uniforme lo que, para ser más simples y exactos, hubieran debido nombrar disfraz.

Pero, ¿qué disfraz, cuál o, mejor, para qué tanto disfraz?

Se fijó y alrededor hubo sólo una sucesión de disfraces encubriendo disfraces.

Y así, y así siempre; la vida era un gran disfraz.

Sin embargo no resultaba divertido, porque cualquier sonrisa podría, en verdad, estar disfrazando algo terrible, oculto, agazapado.

Lo usual era observar a los monos de la ciudad-selva todo el tiempo sinceramente preocupados por la supuesta elegancia de sus variados disfraces; se diría casi maniáticos.

Incluso habían prohibido llamarles disfraces a ciertos disfraces absurdos todos igualitos, porque alegaban que eso sería como un burlarse de ellos.

Para tal caso, los monos, disfrazados beneméritamente, se enojaban según el ritual exigido para estas situaciones y proferían unos cuantos volúmenes de admoniciones muy severas, y castigaban con la aplicación de las leyes acordes.

Pero, estas leyes, por un casual, ¿no serían el artero disfraz de otras leyes no declaradas?

Un disfraz de hipotética felicidad sumía a los monos bajo supuestos morales sin fundamento real. Y eran capaces de cualquiera con tal de que nadie les identificara la secreta argucia de sus disfraces.

Y, ellos, ¿qué iban a hacerle? Si nunca tuvieron mayor ilusión que la de pasarse la vida metidos en el disfraz correcto.

¿No les habrá dado, alguna vez, qué sé yo, andar siempre así, por todas partes, tan disfrazados?

## EL MONO ABURRIDO

¿Pueden estarse otra cosa más que aburridos en este cambalache obtuso que es la selva?

A la selva, hace un tiempo, la afectó una especie como de alteración nuclear que le fue petrificando los árboles, hasta transformarlos en estas madrigueras verticales de paredes gigantes... ¡elevadas hasta donde los monos ni alcanzan con las miradas!

Por eso, ahora el cielo les quedó tan lejos, y nada más es aquel color extraño que apenas reconocen, ya sea a veces por fotos o en las películas.

Entre los monos sopla un tornado de humos de metal que se enrula en sus narices y los pone con aspecto de no haber vuelto a festejar por nada de mayor valor que algunos golcitos facilones, desde sus tan ensoñadas y remotas adolescencias.

A lo mejor sólo portan un aburrimiento fingido, un artilugio astuto como para ocultar lo bien que la vienen pasando. No sea cosa que alguno de esos otros que van por ahí con tanta cara de aburridos los registre contentos, medio amigables y dulzones, y se les acerque a mendigarles una de sus desvalidas y muy escasas moneduchas de alegrías, que nunca les sobran.

De modo que andan todos armándose esas poses de aburridos, guardando para sí la dicha que les procuran sus ingeniosas estratagemas de supervivencia en la selva.

Y están en eso, aparentando aburrirse, mientras esperan con santa parsimonia el arribo de su viaje número treinta mil con destino al laburo; como si sus ocupaciones habituales los aburrieran, o como si circularan inmersos en un febril aburrimiento.

Y ni hablar de los que se envejecen sentados en los locales de venta, macerándose en esa inercia de oficio a la espera de una clientela apenas gratificante.

¿Y los que a diario son inducidos a adormilarse en los pupitres?, sin otro entusiasmo que el de esperar hasta el recreo, y creyendo que por graduarse de hábiles alguna vez van a empezar a hacerse dueños de sus tiempos.

## EL MONO EN CONSERVA

Lo asusta la posibilidad de aceptar ideas diferentes, por mínimas que sean. Por principio, odia toda propuesta de examinar su sistema de valores.

Y ni hablarle de una nueva sociedad, porque se pone como loco.

Para él, todo habría de ir mejor si las estructuras nunca se modificaran; y el mundo sería moralmente sano si todos, como él, quedaran en conserva desde el comienzo mismo de una vida herméticamente envasada al vacío.

Sólo duerme tranquilo sabiéndose supeditado en adecuada relación frente a la máxima autoridad, comulgando con una justicia absoluta por la cual, indefectiblemente, los espíritus superiores dominarán por toda la eternidad sobre los menos capacitados.

Pero, también acepta las rígidas verdades del tiempo, y pontifica que todo mono de buena familia habrá de crecer, desarrollarse, envejecer y algún muy lejano día irse de bien merecida y virtuosa pachanga hasta el otro lado de la realidad; un lugar exclusivo, sólo para aquellos que aprenden la existencia con el revés de los sentidos.

Eso sí, a través de las promociones y los ascensos, de los retiros y las bajas, el orden jerárquico establecido deberá permanecer inmutable, y asimismo el acatamiento a las formalidades instituidas y a las decisiones de los altos mandos.

Porque le contaron y lo cree que la felicidad son esos momentos que nada más se alcanzan en el riguroso cumplimiento de la rutina disciplinaria.

Fuera de tales ámbitos de subordinación y valor, hacia abajo, sólo vegeta una monidad miserable; la de los que no han sabido forjarse la voluntad férrea indispensable para asimilar el entrenamiento básico y someterse al servicio del sistema; y además algunos ilusos que se empecinan en pretender futuros inverosímiles, concitando problemas y desbarajustes que es necesario salir a sofocar para que se callen lo que piensan.

El mono en conserva explica que las irreversibles alteraciones ecológicas son el precio que la naturaleza paga gustosa a fin de que su mono predilecto

Y en esto hay como una especie de acuerdo tácito establecido entre los monos, para que ninguno se salga demasiado con la suya, bajo pena de ser agraviado con una larga lista de adjetivos descalificativos, según la magnitud que hubieren alcanzado sus desvaríos.

Lo drástico del asunto es que, a medida que con los años se va momificando en la costumbre de su papel personal, al mono se lo empieza a notar perdiendo la elasticidad de espíritu indispensable como para sobrellevar con temple hasta el menor acontecimiento fuera de lo habitual; todo por culpa de ese temor suyo a fracasar y a recibir el abucheo de un público hostil que lo vigila y lo puede criticar.

Y así deambula la mayor parte de su programada existencia, en un estado de embalse mental y cada vez menos predispuesto a encarar una simple circunstancia inusual.

Y transcurre a la deriva; habiendo aceptado, con la típica abulia de los rendidos de látex, que unos pocos monos más resueltos o más malvados se hayan apoderado de este mundo, en donde él nació, se supone que para haberse animado a ser alguien de verdad; tal vez, algún día.

Y después, por lo común, en los ratos de esparcimiento encienden sus pantallitas de mirar para otro lado, y se abulonon como piruchitos de plastilina ante unas insensateces que les escorian sus ya cada vez más deteriorados entendimientos.

Pero eso no es todo.

Hay, también, ciertos monos que se notan deleitándose a lo divino mientras fomentan y controlan esta devaluación general de la existencia.

Y precisamente son éstos a quienes los monos aburridos admiran como a sus mayores ídolos y a quienes más adoran desde la desencantada sumisión de sus aburrimientos.

Es que sus ídolos, a diferencia de ellos, son unos monos que la pasan siempre tan pero tan animosos y divertidos!

En tanto, aquí afuera sucede muy poco. Simplemente estos monos de gestos laxos. Abismados, se diría, en profundas meditaciones.

Aunque sin que se adivine en cuáles tremebundos dilemas andarán reconcentrados, que envían este aspecto de indiferencia crónica.

¿O no es verdad que, entre sus pensamientos secretos y sus cortesías obligatorias, ya todo lo padecen apáticos, distantes, o medio como domesticados por el aburrimiento?

## EL MONO OBSESIONADO

-La libertad es lo opuesto a una idea fija- se expresaba el mono. -Porque la libertad es ante todo un pensar libremente- concluía, después de haberse pasado horas en el intento telepático de materializar un filón de billetes de los ladrillos que todavía resistían a la ruina lenta que había ido deshaciendo la casa.

Hacia arriba, a través de unos agujeros en el techo, el cielo se vencía de a pedazos irreversibles, levantando polvaredas y hollines que tardaban días en volver a posarse sobre la selva.

-¡Khuj! ¡Khuj!- se protestaba el mono, relleno por dentro con el pus algodonoso y negro de la contaminación petrolífera.

Su hogar era una grieta expandida en una construcción a punto del derrumbe. En un raptó de realidad optó por salir a buscarse otro refugio entre las calles; pero antes de abandonar el lugar palmó una última mirada incrédula hacia los huecos en los ladrillos y siguió pensando: -"¡Dinero! ¡Que aparezca dinero!"- Aunque tuvo la impresión de que ésas ya no eran las palabras presentes de su pensamiento, sino que eran las mismas que él había estado emitiendo por telepatías durante la tarde, y que habían quedado rebotando entre los rincones y ahora se le reformulaban como ecos en su cabeza.

En ese momento lo pobló el mareo de toda la riqueza que habría podido acumular si él hubiera sido otro y no él, y presintió que estaba por emanarle una acidez de dinosaurios, y le vino un regusto a churrasco de petróleo.

Ahora, sus anteojos de cristales de celofán enfocaban hacia un lugar que solamente él podría haber entendido.

Sin quererlo, cayó en otra idea fija: la de probarse a sí mismo lo bueno que resultaría no caer más en ideas fijas.

Afuera, agarró por los hombros al primer conocido que pasó saludándolo, y ahí nomás le expuso: -Vos, lo que tenés que hacer, ¿sabés, che?, es ejercer tus libertades, ¿viste? ¿O no entendés que la vida pasa siempre más allá de cualquier berretín que se te cruce?-

El conocido le murmuró: -¡Pero largá, pelotrún! ¿De qué carachos me venís a ladrar?-

## EL MONO REPRIMIDO

Desde bien chico fueron muchas las ocasiones en que los castigos, los gritos y los retos le llegaban en una desproporción exagerada con respecto a la travesura que habría cometido.

Así pudo intuir cómo aquellas reacciones explosivas que solían desencadenar sus infantiles barbaridades derivaban más bien del desequilibrio nervioso de sus mayores, y no de una receta educativa que le estuvieran planteando con la sincera intención de evitarle repetir errores.

De manera que la única enseñanza transmitida por aquellos desquicios de sus superiores, constituidos en padres, tutores o encargados, parecía ser: "¿Pero, cuándo te dejarás de hinchar las paciencias, malcriado?".

Por eso, el incontenible escándalo de los insultos y los bofetazos no provenía tanto de la gravedad del despiole perpetrado por el monito, sino de la caprichosa intensidad con que los adultos se sintieran perturbados en tal momento, dada su permanente irritación de monos sumidos en eternas preocupaciones.

Y de ahí que al pasar del tiempo, y según el estricto régimen pedagógico de la sociedad, cada monito accedía a la comprensión de que, por las dudas, más valía no actuar antes que correr el riesgo de equivocarse; ya adosado al recelo de que cualquier torpeza ocasional de las suyas le desatara en contra las consecuencias de unas furias irracionales.

A partir de esto fue que, en adelante, frente al menor conflicto el mono habría de ahondarse en unos dramones inexplicables, y la vida se le iría escurriendo hacia un clima de incertidumbre regularmente insoportable.

Ahora, de grande, se encasilló en un papel cívico que lo modula y lo justifica sobre este confuso escenario de la gran ciudad de la selva. Y se pasa el día compuesto en ese personaje que ejerce con insistencia y a cada instante.

Él es un actor entrenado, al cual hasta las sorpresas le llegan ya calculadas. Y gracias a eso el mono dispone de una serie de conductas estudiadas para encarar cualquier eventualidad cotidiana.

Naturalmente, ese molde le resulta propicio para eludir todos los intrínquilos insólitos que, a lo mejor, podrían descalabrarle la muy apocada lucidez de su normalidad, con un riesgo de enloquecerlo.

# EL MONO TILINGO

**E**l mono tilingo trata de comprender a qué le recuerda este momento: un horizonte destellando bajo el caparazón oscuro de la madrugada, y las aves que recitan sus buenos días en las aldeas de los árboles, entonando timbres que aletean como parchecitos amarillos y celestes contra un viento húmedo de polietileno. Por el momento el mono se intuye a salvo de todo. Anoche estuvo tratando de dormirse en seguida para confiar en que todavía tiene un descansar tranquilo, aunque ya hace un buen rato que no es así.

Sus radares de mono de la ciudad rebuscan en las penumbras de la habitación, y ruega que el mundo siempre siga igual del otro lado de las paredes. El coraje del mono tilingo es un hilo fino, tenso, invisible casi, que ahí nomás le va a fallar con el primer esfuerzo.

Fueron años de tenaz aprendizaje hasta lograr ser el tilingo de hoy, reconocido como un santo mono con formal estirpe de barrio. Aunque ya de entrada el cardumen de los chismosos de la cuadra le evaluó lo tilingo que era desde el primer día en que se alinearon en sus mutuas tilingadas.

El mono se consulta el peinado, tal vez buscando el tiempo que ha perdido tras un largo viaje por la vida, con mapas sin terminar y con una brújula descargada; eternamente extraviado de su rumbo primordial (quién sabe cuál sería), y volviendo al mismo lugar del que partió hace años, después de andar en círculos, sin haber llegado jamás a ninguna parte.

Siente el pasar del tiempo que lo marea e intenta abrazarse de algo para no caer, pero a su alrededor nada le concierne y sólo puede aferrarse a él, pero eso no le sirve.

Y se va derrumbando junto a una canción lenta que le recuerda aquel tiempo de felicidad que nunca va a volver.

Y lo recorre el sabor del mar, barriéndolo en el olear de una lágrima.

El mono tilingo necesita encontrarse, pero a la hora en que se cita confunde las calles con pasadizos secretos y a lo último se le desabriga el corazón en cierta esquina que ni siquiera figuraba. Entonces se olvida por una avenida de monos que andan en medias lunas bajo la garúa ácida.

Y finalmente rueda en un declive de sueños, que lo acercan a esperarse en silencio, junto al río, donde todo comienza a sucederle de nuevo.

Y así el mono seguiría camino. El mismo camino y las mismas veredas idénticas de toda la vida.

Pero por una vez se detuvo de pronto, sin hacerle caso a esos mandatos impersonales que predominaban en su cerebro, y se propuso: - "Má sí, yo, de acá en adelante pienso en lo que se me dé la gana, y voy adonde se me especifiquen las grandísimas ganas"-

El cielo se diría enchapado en una costra seca de espumas de oro negro, precipitando en densos témpanos sublunares, bajo los cuales él y los otros monos se embreaban de bostezos interminables por todos sus sueños inmóviles y demás obsesiones también antinaturales, tipo por el estilo.

## EL MONO JUICIOSO

La vida casi siempre le pasaba como un juicio eterno, o como un permanente andar a los porqués.

No tanto por investigar los pequeños misterios técnicos de las cosas, sino más bien en cuanto al sentido general de la existencia y al análisis de todas aquellas actividades medio indescifrables de los demás monos.

No obstante, antes que bastarle con eso, sobre lo que más énfasis ponía era en el examen de sus propias decisiones como individuo serio que iba en busca de alguna soberana felicidad.

De hecho, en donde estuviera no se dejaba tranquilo, sin terminar de condenar o perdonarse cada uno de sus actos; lo cual ya era, en sí, el castigo a una indagación perpetua.

Aunque también disfrutaba de cierta deferencia magnánima para consigo mismo; porque, aparte de ir apilándose pruebas y legajos en su contra, se extendía la gracia de unos plazos ilimitados para rebuscarse argumentos a su favor.

Por eso, con el pasar de los años, se había tramitado infinidad de apelaciones que le iban alargando la causa, a tal punto que se le hacía difícil que un día pudiera dictarse algún veredicto en firme, aunque más no fuese una simple preventiva personal, y regalarse así al fin una buena feria de verano para su mente; unirse de viaje por los paisajes más ideales de su pensamiento; porque seguramente debería tener en archivos algún paisaje ideal, a pesar de ya no recordarlo de tan formalizado que estaba a los tópicos jurídicos y a ese lenguaje procesal tan suyo. Y además lo muy de entrecasa que se sentía recorriendo los tribunales de su cerebro.

Para colmo, entre el ir acumulando aportes para su defensa, frente a los indicios que comprometían aun más su situación, se le había traspapelado el motivo original por el que se enjuiciara allá una vez, en primera instancia, no alcanzando a caratular qué era aquello de lo que realmente se acusaba.

Pero, encima, se traía cargando unos aires doctorales de lo más solemnes, convencido de que todos aquellos artilugios de mono requetepensante le iban

## EL MONO DE MIÉRCOLES

El mono iba en una tarde de miércoles; flotaba en medio de la semana, con un mar de horas trabajadas y con un mar de horas por trabajar.

Algunas veces presentía una implosión en los pulmones y sudaba cascaritas de pieles viejas.

Mientras, sus mejores años se le habían huido lejos del mundo, y nunca volvería a ponérselos encima para ver qué tal lo pintarían ahora, después de haber aprendido a olvidarse de sus sueños.

Así que al mono, pobre, le restaban un millón de pasados, y para peor la actualidad de los informativos era la misma mentira de siempre.

Al final traía una historia cargada de ayeres y de porvenires sin resolver, con sus mañanas y con sus tardes de miércoles, y toda la ausencia de esos otros días que nunca le habían tocado. Solamente una eternidad de miércoles.

El tiempo se agarraba a su cuerpo como una goma tan masticada, y lo envolvía en una masa lánguida de instantes que se demoraban sobre las cosas.

De manera que no podía avanzar un paso que ya se resbalaba y se iba de cara apuntando sus brazos en vaivén hacia ningún destino.

Y entonces quedaba incompletado en una exactitud de miércoles, anclado a las largas hileras de miércoles, y detrás de las coordenadas de las fechas y de los relojes moriría alguna impávida noche de cualquier miércoles.

-¿Y ahora?- se preguntó. La pregunta le salió de rastrón, como un penal mal pateado; corrió algunos metros por sobre las baldosas, y había perdido casi todo lo poco de su empuje cuando acabó triturada entre el pasear de la muchedumbre.

El mono se aplanó, sin voluntad ni dinamismo para volver a preguntarse.

El mecanismo de los calendarios parecía trabado sobre un único día terminal.

En los desiertos de hormigón los monos venían perdiendo la cuenta de los tantos futuros insoportables que todavía les faltaba por agendarse.

El mono, así, tan de golpe, no adivinó a cuánto cotizarse sus mejorcitos primeros planos. Ahora, el efecto especial de la vida le convalecía sobre los hombros con una llamarada trasparente e interrogativa.

-Bueno. ¡Diez! ¿Qué tal, eh?- le ofertó.

Era una cifra demasiado subida como para que el otro no se quedara rumiándola por un rato y al final se lo tomara para la broma.

Pero el proponerse a semejante buen precio lo hizo realzarse unos centímetros por sobre el entepiso natural de sus angustias.

Así que insistió: -¡Perdón! ¡No! ¡Quise decir veinte! ¡Sí! ¡Eso! ¡Veinte!

El fotografiador lo caratuló con una mirada directa al desencuentro, y al mono se le armaron los gestos rotos de un día inverso.

-No, espere, digo: ocho, seis. En cinco planto.

Al final terminó rematándose a dos con cincuenta por un par de perfiles encajonados tras una lente que le dibujaba un reflejo grotesco.

Las chirolas se las gastó en una descartable de espuma de engrudo sabor rojo-marrón.

Con afán de místico buscó en el reverso de la tapita una efigie que, de ser la tapa premiada, lo habría hecho acreedor a no se acordaba cuáles cantidades, y casi todo gratuitamente.

¡Pero qué experiencias de mono!

A su alrededor las historias le latían su morir incesante.

El efecto especial de la vida prevaleció sobre una fisura entre los colores, como si anunciara que por fin algo bueno estaría por acontecerle, pero... ¡macanas!

Su angustia, se dio cuenta, era como una angustia ya instalada, infracósmica, que desde mucho tiempo atrás había dejado de pertenecerle a esta bolastrera realidad que todo y todo lo inexplicaba.

puliendo el camino hacia su paz espiritual; un camino que él se ilusionaba transitando en total libertad, sin imposiciones, y con el pleno control de su sano juicio.

Y no era que mentalmente anduviese ya por completo extraviado o del todo loco.

¡No!

Si todavía le faltaba otro poquitito, nomás.

## EL MONO DE ALMA

-Soy un mono-, se dijo.

Su pasión por autoenfocarse y encandilarse en él hasta ya no distinguirse de nada lo había llevado a una última calle sin salida.

Delante estaba el monumento a la autopista, extendiéndose kilómetros y kilómetros hacia uno y otro lado, sobre el terraplén de una ladera larga de césped azulado por una luz rara de luminarias gigantescas que abolían la noche.

Ahí terminaba la calle y el mono miró el fin de la ciudad con ojos de no haber vuelto nunca de nada.

El universo de más allá de la autopista quién sabe qué sería.

Entonces, se sinceró de su anquilosada monedumbre ciudadana y de su reciente descubrimiento de lo mono que era; aunque volvió a olvidárselo en seguida y cuando de vuelta se acordó se dio cuenta de que todo ese vaivén de su conciencia no hacía más que certificarlo. Él era un mono. Con dilemas de mono, con perplejidades y con enfados de mono, y con un repertorio de sucesos de monos en los que se le iba la vida.

Casi amaneció ahí hasta que consideró que tendría que volver sobre sus pasos.

Al regresar hacia la penúltima esquina le quedó en claro que, a pesar de aquello, él sí había entendido algo, algo esencial, algo importante como la suerte o como la explicación de todo en cuatro palabras.

Pero no pasaba de ser la mera intuición de haber sabido algo sin tener esperanzas de recordarlo.

A media mañana circundó los diagramas usuales de la selva entre la gente cumplidora de sus deberes en esta vida.

Ellos, con sus mentes concentradas en las posibilidades de adquirir algún producto comercial para modernizar sus hogares, conducidos bajo los rigores de la normalidad, considerándose tan humildemente superiores; dispuestos a ofenderse por cualquier cosa y siempre vibrando el estímulo de compartirse este mundo de violencia y de injusticias.

## EL MONO ANGUSTIADO

-¿Por qué andaré, así, con esta angustia?- se angustiaba el mono. -¿Qué será lo que me resulta tan complicado?- Estas preguntas, formuladas al aire repetidamente, de a poco lo fueron desangustiendo.

Sintió entonces que la caja torácica se le ensanchaba desde el plexo solar hasta el cuello de la camisa; pero, al rato nomás la angustia se le renovaba en continuas repreguntaciones: -¿Estaré tan harto de todo, que no me mantuve alerta como para darme cuenta a tiempo? ¿Quizás, nada más, me afectará algún puro retardo mental cotidiano?-

De pronto eructó una risa deshilvanada que iluminó la atmósfera con ruidos a tasca de dados en un cubilete. -No, no -se puso serio- no me lo creo, creo- Por ahí cerca cayó un efecto especial de la vida. Y le parecieron realidades lo que era sólo simples trucos cinematográficos del universo.

Lo apelmazaba la angustia torrencial de estar teniendo no se imaginaba cuáles providencias ya definitivamente fuera de alcance.

De hecho, le faltaba aquel ímpetu hormonal de antes para afrontar la voraz bocanada de un tiempo que se le venía encima.

-¡Ufa!- se reclamó -¡Si al menos me sacara el Prodemono!- (Prodemono era el insidioso señuelo que todas las semanas empaquetaba carradas de monos jugados con sus infortunios a los resultados deportivos de los domingos).

Sin embargo, desde el fondo de su angustia, el mono reconoció que él jamás se lo ganaría ni aunque alguna vez se decidiera y apostara una de esas boletas que llenaba los viernes a última hora, por pasar el rato.

La calle era un agujero retorcido de símil-plástico. Y del cielo goteaba un óxido de engranajes, como balazos de sangre salpicados en las veredas.

En eso se le cruzó un comprador ambulante que coleccionaba fotografías al paso.

-Le compro la foto de su cara, altamente representativa de esta situación de mierda parcial en la que se halla sumida toda una clase social, o tal vez dos de esas clases.

LOS  
MONOS  
ILÓGICOS

CUENTOS BREVES *Marxe Morn*

**SE PROHÍBE  
LEER ESTE  
LIBRO**

LOS  
MONOS  
ILÓGICOS

CUENTOS BREVES *Marxe Morn*

**SE PROHÍBE  
LEER ESTE  
LIBRO**